



ACERCA DE LOS SINDICATOS

León Trotsky



En los distintos trabajos que conforman este libro, Trotsky polemiza con diversas corrientes reformistas sobre el destino inevitable de los sindicatos en nuestra época. Sostiene que éstos, o bien tienden a integrarse al Estado capitalista tornándose funcionales a los intereses de la burguesía, o se independizan completa e incondicionalmente de éste, practicando la democracia obrera e impulsando programas de enfrentamiento con el régimen político burgués, que ayuden a las masas a convencerse de la necesidad de terminar con la explotación y opresión capitalista, luchando por el socialismo.

Para los revolucionarios, se trata entonces de buscar las vías para llegar a conquistar la dirección de los sindicatos e influenciar con su política al movimiento de masas pues desde allí será más fácil construir las organizaciones que la clase obrera necesita para acaudillar al conjunto del pueblo en la lucha por el poder.



Leon Trotsky

Acerca de los sindicatos

ePub r1.0

Titivus 29.06.15

más libros en epubgratis.org

Leon Trotsky, 2000
Traducción: Fundación Federico Engels
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

La lucha del movimiento marxista por establecer su influencia entre las masas de los trabajadores ha sido una constante en su historia.

El marxismo considera a la clase obrera tal como es, sin dibujar ningún cuadro almidonado ni hacer ningún fetiche idealista.

La clase obrera, por el papel que juega en el proceso productivo del capitalismo —al que aporta el factor decisivo, el factor de la fuerza de trabajo—, es la clase social que dispone de la capacidad material para hacer posible el derrocamiento del propio sistema capitalista. Ninguna otra clase, ninguna casta puede paralizar la producción capitalista y atacar el corazón de la economía de mercado como la clase trabajadora.

De este papel se desprende la fuerza de los trabajadores y la amenaza potencial que representa para los dueños de los medios de producción y del poder político en la sociedad del capital.

Sin embargo, para que la clase obrera transforme esta fuerza potencial en real, necesita de la organización, que le proporciona cohesión política, una táctica y una estrategia.

En este sentido, los trabajadores han elevado constantemente su grado de organización. Primero, desde los sindicatos contruidos sobre la lucha cotidiana por mejorar las condiciones salariales, reducir la jornada de trabajo, terminar con la peligrosidad laboral y el trabajo infantil. Fue lo que Marx llamó el primer paso en dotar a los trabajadores de *conciencia para sí*, asimilando su propia posición en el proceso social de producción.

Sin embargo, la organización sindical, igual que la lucha en la fábrica, mostró pronto sus límites. La emancipación de los trabajadores no puede realizarse fábrica a fábrica, empresa a empresa. Es necesario que la clase obrera expropié no sólo económica y socialmente a la burguesía, también necesita hacerse con el poder político para organizar la sociedad sobre bases totalmente diferentes.

En la lucha por el socialismo, la construcción del factor subjetivo —o lo que es lo mismo, un partido revolucionario de masas— constituye una tarea inaplazable. Marx, Engels, Lenin y Trotsky comprendieron perfectamente esta cuestión: es necesario que exista previamente a la revolución, a las grandes convulsiones sociales inevitables en las crisis capitalistas, un partido que tenga fuertes raíces, influencia, autoridad y capacidad de movilización entre las masas obreras.

Este partido no se puede improvisar, ni puede surgir espontáneamente durante los acontecimientos. Necesita construirse con anterioridad, forjando los cuadros marxistas que, aunque en minoría, puedan ganar a la mayoría trabajadora cuando las condiciones objetivas sean favorables. En este proceso el trabajo en los sindicatos obreros es decisivo para aumentar la influencia y el apoyo a las ideas del marxismo revolucionario. Trabajar, militar, construir los sindicatos es una obligación para cualquier marxista.

No obstante, igual que hace 70 años, el movimiento de los trabajadores tiene que soportar la bancarrota política de las direcciones reformistas de los sindicatos, con sus prácticas de pacto social, colaboración de clases y desmovilización. Como reacción a esta política, sectores de activistas abogan por la salida de los sindicatos y la construcción de otros nuevos. Para el marxismo, este fenómeno, aunque comprensible, es un camino equivocado y falso que aísla a los mejores luchadores del conjunto del movimiento obrero.

Lenin escribió ampliamente a este respecto, combatiendo las tendencias ultraizquierdistas que abundaban en las filas de los jóvenes partidos comunistas en los años 20 y que planteaban la salida de los sindicatos reformistas. En su obra *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo* señala: «La lucha contra los jefes oportunistas y social-chovinistas la sostenemos para ganarnos a la clase obrera.

Sería necio olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Y tal es, precisamente, la necedad que cometen los comunistas alemanes “de izquierda”, los cuales deducen del carácter reaccionario y contrarrevolucionario de los cabecillas de los sindicatos la conclusión de que es preciso... ¡¡salir de los sindicatos!! ¡¡Renunciar al trabajo en ellos!! ¡¡crear formas de organización nuevas, inventadas!! Una estupidez tan imperdonable, que equivale al mejor servicio que los comunistas pueden prestar a la burguesía».

Trotsky, que sostenía el mismo punto de vista que Lenin, defendió siempre un trabajo paciente y sistemático en el seno de los sindicatos, lo que no quería decir ocultar las ideas, rebajar el programa o conciliar con los que dentro del movimiento sindical actúan como muletas de la patronal y el gobierno.

El presente libro de Trotsky incluye diferentes textos sobre los sindicatos, escritos en distintos momentos de su vida política. El contexto es diferente pero los análisis del autor siguen siendo plenamente actuales.

Esperamos que sean de utilidad tanto para los activistas sindicales como para la nueva generación de jóvenes que despierta a la lucha política y sindical.

I. UNA DISCUSIÓN NECESARIA CON NUESTROS CAMARADAS SINDICALISTAS

Este artículo fue escrito como respuesta al camarada Louzon^[1], inmediatamente después del Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista^[2]. Pero en ese momento se prestaba más atención a la lucha contra la derecha socialista, contra la última tanda de disidentes, Verfeuil, Frossard, etcétera^[3]. En esta lucha uníamos nuestros esfuerzos, y lo seguimos haciendo, a los de los sindicalistas, y yo preferí posponer la publicación de este artículo. Estamos firmemente convencidos de que nos seguiremos entendiendo perfectamente con los sindicalistas revolucionarios. La entrada de nuestro viejo amigo Monatte^[4] al Partido Comunista para nosotros supuso una gran alegría. La revolución necesita hombres como él. Pero sería un error compensar un *rapprochement* con una confusión de ideas. En el curso de los últimos meses el Partido Comunista Francés se ha depurado y consolidado; por lo tanto, podemos entrar ahora en una discusión tranquila y fraternal con nuestros camaradas sindicalistas, a cuyo lado tenemos muchas tareas que cumplir y muchas batallas que ganar.

El camarada Louzon, en una serie de artículos y explicaciones personales, expuso, respecto a la cuestión fundamental de las relaciones entre el partido y los sindicatos, posiciones que difieren radicalmente de las de la Internacional y del marxismo. Los camaradas franceses, cuya opinión acostumbro respetar, sienten una gran estima por el camarada Louzon y a su devoción hacia el proletariado. Por esa razón, es más necesario aún corregir los errores que cometió en una cuestión tan importante. El camarada Louzon defiende la independencia total e incondicional de los sindicatos. ¿Contra qué? Obviamente contra ciertos ataques. ¿De quiénes? Contra los ataques atribuidos al partido. La independencia de los sindicatos, una necesidad indiscutible, para él adquiere un significado absoluto y casi místico. Y nuestro camarada apela, equivocadamente, a Marx.

Los sindicatos, dice Louzon, representan a «toda la clase obrera». El partido, en cambio, no es más que un partido. Ni siquiera se los puede equiparar. «La clase obrera tiene su fin en sí misma». En cambio el partido solamente puede servir a la clase obrera o subordinarse a ella. Así que el partido no puede «anexarse» a la clase obrera. El hecho de que hasta el último Congreso de Moscú la Internacional Comunista estuviera representada en la Internacional Sindical Roja^[5], y viceversa, para Louzon, significaba la verdadera equiparación de la clase y el partido. Ahora, una vez eliminada esta representación, el partido reasume su rol de sirviente, y el camarada Louzon lo aprueba. Para él, ésta también era la posición de Marx. El que las internacionales política y sindical ya no estén representadas una en la otra, para Louzon significa el rechazo a los errores de Lassalle (!)^[6] y de los socialdemócratas (!) y un retomo a los principios del marxismo.

Ésta es la esencia de un artículo aparecido en *Vie Ouvrière*^[7] del 7 al 15 de diciembre. Lo más llamativo de este y otros artículos similares, es que el autor cierra obvia, consciente y decididamente los ojos ante lo que ocurre realmente en Francia. Se podría suponer que el artículo fue escrito en la estrella Sirio. ¿De qué otro modo se puede comprender la afirmación de que los sindicatos representan a «toda la clase obrera»? ¿de qué país está hablando? Si se refiere a Francia, por lo que sabemos, allí los sindicatos no incluyen, desgraciadamente, ni a la mitad de la clase obrera. Las maniobras criminales de los sindicalistas reformistas, apoyados desde la izquierda por algunos anarquistas, han roto la organización sindical francesa. Ninguna de las confederaciones sindicales abarca más de 300 000 obreros. Ni por separado ni juntas, se pueden identificar con todo el proletariado francés, del cual solamente constituyen una modesta porción. Es más, cada sindicato persigue una política distinta. La

confederación sindical reformista [*Confédération Générale du Travail* (CGT)] coopera con la burguesía; la Confederación General del Trabajo Unitaria [*Confédération Générale du Travail Unitaire* (CGTU)] es, por suerte, revolucionaria. Y en esta última organización, Louzon no representa más que una tendencia. ¿Qué quiere decir entonces cuando afirma que la clase obrera, a la que identifica obviamente con la organización sindical, tiene un fin en sí misma? ¿con ayuda de quién y cómo expresa la clase obrera francesa sus reivindicaciones? ¿con la ayuda de la organización de Jouhaux^[8]? Por cierto que no. ¿Con la ayuda de la CGTU? La CGTU le ha prestado grandes servicios, pero desgraciadamente todavía no es toda la clase obrera. Finalmente, para no omitir nada, no hace mucho la CGTU estaba dirigida por los anarco-sindicalistas del «Pacto^[9]». Actualmente sus dirigentes son sindicalistas comunistas. ¿En cuál de estos dos períodos la CGTU representó mejor los intereses de la clase obrera? ¿Quién puede juzgarlo? Si intentáramos contestar esa pregunta ahora, valiéndonos de la experiencia internacional de nuestro partido, cometeríamos, para Louzon, un pecado mortal, porque estaríamos pretendiendo que el partido juzgue que política es más beneficiosa para la clase obrera. Es decir, colocamos al partido por encima de la clase obrera. Pero si quisiéramos dirigirnos a *toda la clase obrera*, desgraciadamente la encontraríamos dividida, impotente, muda. Los distintos sectores de la clase, organizados en diferentes confederaciones, en diferentes grupos dentro del mismo sindicato, nos darán respuestas diversas. Pero la abrumadora mayoría del proletariado, que sigue fuera de ambas confederaciones, no nos dará actualmente ninguna respuesta.

No hay ningún país en que la organización sindical abarque a toda la clase obrera, pero en algunos comprende al menos un vasto sector. No es éste el caso de Francia. Si, como plantea Louzon, el partido no debe «anexarse» la clase obrera (¿qué se supone que quiera decir realmente este término?), ¿por qué razón le otorga entonces el camarada Louzon este derecho al sindicalismo? Podría contestarnos: «Nuestra organización sindical es todavía muy débil. Pero no tenemos dudas sobre su futuro y su victoria final». A eso le contestaríamos: «Es cierto, nosotros también compartimos esta convicción. Pero no tenemos dudas de que el partido ganará la confianza incondicional de la gran mayoría de la clase trabajadora». No se trata, para el partido ni para los sindicatos, de «anexarse» el proletariado (está muy mal de parte de Louzon el emplear la terminología que utilizan nuestros opositores en su lucha contra la revolución), sino *de ganarse la confianza* del proletariado. Y esto solamente puede lograrse mediante tácticas correctas, probadas por la experiencia. ¿Quiénes preparan consciente, cuidadosa y críticamente estas tácticas? ¿Quién se las propone a la clase obrera? Seguramente no caen del cielo. Y el conjunto de la clase obrera, como «cosa en sí», tampoco nos enseña esas tácticas. Nos parece que el camarada Louzon no ha pensado en esto.

«El proletariado tiene su fin en sí mismo». Si despojamos esta frase de sus arcos místicos, su significado obvio es que las tareas históricas del proletariado están determinadas por su ubicación social como clase y por su papel en la producción, en la sociedad y en el Estado. Esto está totalmente fuera de duda. Pero esta verdad no nos ayuda a resolver el problema que nos preocupa, es decir: ¿Cómo llegará el proletariado a la *comprensión subjetiva* de la tarea histórica que le plantea su situación objetiva? Si el proletariado como clase fuera capaz de comprender inmediatamente su tarea histórica no serían necesarios ni el partido ni los sindicatos. La revolución habría nacido simultáneamente con el proletariado. Por el contrario, el *proceso* mediante el cual el proletariado comprende su misión histórica es largo y penoso, y está plagado de contradicciones internas.

Solamente a través de prolongadas luchas, de duras pruebas, de muchas vacilaciones y de una amplia experiencia, los mejores elementos de la clase obrera de la vanguardia

de las masas alcanzan esa comprensión. Esto se aplica tanto al partido como a los sindicatos. También los sindicatos comienzan como un pequeño grupo de obreros activos y crecen gradualmente, a medida que su experiencia les permite ganar la confianza de las masas. Pero mientras las organizaciones revolucionarias luchan para ganar influencia sobre la clase obrera, los ideólogos burgueses contraponen a «la totalidad de la clase obrera» no sólo con el partido de la clase obrera sino también con sus organizaciones sindicales, a las que acusan de querer «anexársela». *Le Temps*¹⁰¹ lo dice cuando hay una huelga. En otras palabras, los ideólogos burgueses contraponen a la clase obrera como objeto con la clase obrera como sujeto consciente. Porque es solamente a través de su minoría con conciencia de clase que la clase obrera se convierte en factor histórico. Vemos entonces que las críticas planteadas por el camarada Louzon hacia las «pretensiones injustificadas del partido» se pueden aplicar igualmente a las «pretensiones injustificadas» de los sindicatos. Sobre todo en Francia, ya que el sindicalismo francés —debemos repetirlo— ha sido y es, organizativa y teóricamente, igual que un *partido*. Así fue que llegó, durante su período clásico (1905-1907), a la teoría de la «minoría activa», y no a la del «proletariado colectivo». ¿Y qué es una minoría activa, ligada por la unidad de sus ideas, sino un partido? Por otra parte una organización sindical masiva que no contuviera una minoría activa con conciencia de clase, ¿no sería una organización sin sentido y puramente formal?

Que el sindicalismo francés era un *partido* quedó totalmente confirmado con la ruptura que sufrió tan pronto aparecieron divergencias políticas en sus filas. Pero el partido del sindicalismo revolucionario siente la misma aversión que toda la clase obrera francesa por los obreros como tales. Por lo tanto no asumió el nombre de *partido* y se mantiene incompleto en cuanto a organización. Es un partido que intentó diluir a sus miembros en la asociación sindical, o al menos cobijarse en los sindicatos. Se explica entonces la subordinación real de los sindicatos a ciertas tendencias, fracciones y hasta camarillas. También se explica el «Pacto», caricatura masónica de partido en el seno de la organización sindical. Y viceversa: la Internacional Comunista ha combatido firmemente la división del movimiento sindical francés, es decir su conversión en partidos sindicalistas. La consideración principal del Partido Comunista ha sido la tarea histórica de la totalidad de la clase obrera, y la enorme importancia que como tal tiene la organización sindical en la resolución de las tareas del proletariado. En este aspecto ha defendido, desde el principio, en el espíritu del marxismo, la independencia real y viva de los sindicatos.

El sindicalismo revolucionario, que fue en muchos aspectos el precursor del comunismo actual en Francia, ha adoptado la teoría de la minoría activa, es decir del partido, pero sin convertirse abiertamente en un partido. De esta forma ha impedido que los sindicatos se transformaran en una organización de la totalidad de la clase obrera (lo que no es posible en un sistema capitalista) o al menos de amplias masas. Los comunistas no le temen a la palabra «partido», porque su partido no tiene ni tendrá nada en común con los otros partidos. Su partido no es uno de los partidos políticos del sistema burgués, es la minoría activa y con conciencia de clase del proletariado, su vanguardia revolucionaria. Por lo tanto los comunistas no tienen ninguna razón, ni ideológica ni organizativa, para esconderse tras los sindicatos. No los utilizan para maquinaciones de trastienda. No los rompen cuando están en minoría. No perturban de ningún modo el desarrollo independiente de los sindicatos y apoyan sus luchas con todas sus fuerzas. Pero al mismo tiempo el Partido Comunista se reserva el derecho a expresar sus opiniones sobre todos los problemas del movimiento obrero, incluso sobre los sindicales, de criticar las tácticas de los sindicatos y de hacerles propuestas concretas que aquéllos, por su parte, son libres de aceptar o rechazar. El partido trata de ganar la confianza de la clase obrera y, sobre todo, del sector organizado en los

sindicatos.

¿Qué significan las citas de Marx a las que hace referencia el camarada Louzon? Es cierto que Marx escribió en 1868 que el partido obrero saldría de los sindicatos. Cuando escribía esto pensaba principalmente en Inglaterra, que era el único país capitalista desarrollado que ya tenía grandes organizaciones obreras. Desde entonces ha pasado medio siglo. La experiencia histórica confirmó las profecías de Marx en lo que respecta a Inglaterra. El Partido Laborista inglés se construyó realmente sobre la base de los sindicatos. ¿Pero cree el camarada Louzon que al Partido Laborista inglés actual, con la dirección de Henderson y Clynes, se lo puede considerar auténticamente representativo de los intereses de la totalidad del proletariado? Decididamente, no. El Partido Laborista traiciona la causa del proletariado en Gran Bretaña, del mismo modo que lo hace la burocracia sindical, si bien en Inglaterra los sindicatos están más cerca de representar al conjunto de la clase obrera que en cualquier otra parte. Por otro lado, no debemos tener ninguna duda de que nuestra influencia comunista crecerá en este Partido Laborista inglés surgido de los sindicatos, y que esto contribuirá a agudizar las luchas entre las masas y sus dirigentes dentro de los sindicatos, hasta que los burócratas traidores sean expulsados y el Partido Laborista transformado y regenerado totalmente. Y nosotros, como el camarada Louzon, pertenecemos a una Internacional a la que se ha adherido el Partido Comunista inglés, y que combate a la Segunda Internacional a la que apoya el Partido Laborista inglés, que tuvo su origen en los sindicatos.

En Rusia —y con relación a las leyes de desarrollo capitalista Rusia está en las antípodas de Gran Bretaña— el Partido Comunista, que originariamente fue el Partido Socialdemócrata, es anterior a los sindicatos y los creó. Los sindicatos y el Estado obrero de Rusia están hoy en día totalmente bajo la influencia del Partido Comunista, que no tuvo de ningún modo su origen en los sindicatos sino que por el contrario, los creó y preparó. ¿Diría el camarada Louzon que la evolución de Rusia entra en contradicción con el marxismo? ¿No es más sencillo decir, que el planteamiento de Marx sobre el origen del partido en los sindicatos, se ha reafirmado por la experiencia en Inglaterra, y que ni siquiera allí en un ciento por ciento, pero que Marx nunca tuvo la más mínima intención de sentar una ley que él mismo llamara una vez, desdeñosamente, «suprahistórica»? Los demás países de Europa incluida Francia, se encuentran, en este aspecto, entre Rusia y Gran Bretaña. En algunos países los sindicatos son anteriores al partido, en otros se dio el caso contrario. Pero en ningún caso, salvo en Inglaterra y parcialmente en Bélgica, el partido del proletariado surgió de los sindicatos. Pero, como de los sindicatos no ha surgido ningún partido comunista orgánico, ¿debemos sacar la conclusión de que toda la Internacional Comunista ha tenido un nacimiento ilegítimo?

Cuando los sindicatos ingleses apoyaban alternativamente a los conservadores y a los liberales y en cierta medida eran un apéndice sindical de esos partidos, cuando la organización política de los obreros alemanes no era más que el ala izquierda del partido democrático, cuando los seguidores de Lassalle y Eisenach^[1] se peleaban entre sí; entonces Marx reclamaba la independencia de los sindicatos de todo partido. Esta fórmula estaba dictada por el deseo de contraponer las organizaciones obreras a todos los partidos burgueses y de impedir que se ligaran demasiado estrechamente a las sectas socialistas. Pero el camarada Louzon se olvida de que el mismo Marx fundó la Primera Internacional, cuyo objetivo era guiar en todos los sentidos al movimiento obrero de todos los países y hacerlo fructífero. Fue en 1864, y la Internacional creada por Marx *era un partido*. Marx no quiso esperar a que el partido internacional de la clase obrera se formara sólo y de cualquier forma y al margen de los sindicatos. Hizo todo lo que pudo, para fortalecer dentro de los sindicatos la influencia de las ideas del socialismo científico, las que aparecieron por vez primera en 1847 en el *Manifiesto*

Comunista. Cuando Marx reclamaba la total independencia de los sindicatos de todos los partidos y sectas existentes, es decir de todos los partidos y sectas burguesas y pequeñoburguesas, lo hacía con el objeto de facilitar al socialismo científico su predominio en los sindicatos. Marx nunca consideró al partido del socialismo científico uno más de los tantos partidos políticos existentes (parlamentarios, democráticos, etcétera). Para Marx, la Internacional era la clase obrera consciente, representada en ese momento por una vanguardia aún muy pequeña.

Si el camarada Louzon fuera consecuente con su metafísica sindical y su interpretación de Marx, diría: «Renunciemos al Partido Comunista y esperemos a que se forme a partir de los sindicatos». En realidad la única posibilidad de que los actuales sindicatos franceses recuperen su unidad y conquisten una influencia mayoritaria sobre las masas, reside en que sus mejores elementos se organicen como vanguardia revolucionaria consciente del proletariado, es decir en un Partido Comunista. Marx no dio ninguna respuesta definitiva al problema de las relaciones entre el partido y los sindicatos, tampoco podía hacerlo. Estas relaciones dependen de circunstancias que varían en cada caso. Si el partido y la confederación sindical tienen una representación mutua en sus Comités Centrales, o si forman comités de acción conjunta cuando es necesario, no tiene mayor importancia. Pueden cambiar las formas organizativas, pero el papel fundamental del partido sigue constante. El Partido para merecer ese nombre, debe incluir a toda la vanguardia de la clase obrera y usar su influencia ideológica para que puedan fructificar todas las manifestaciones del movimiento obrero, especialmente el movimiento sindical. Pero para que las organizaciones sindicales merezcan ese nombre deben abarcar a una masa creciente de obreros, y entre ellos a muchos elementos atrasados. Sólo cumplirán su misión si se guían conscientemente por principios firmemente establecidos, y sólo la pueden cumplir si sus mejores elementos se encuentran unidos en el partido de la revolución proletaria.

La reciente depuración del Partido Comunista Francés, que por un lado se libró de pequeños burgueses llorosos, héroes de salón, Hamlets políticos y trepadores repugnantes, y por el otro produjo el *rapprochement* de los comunistas y los sindicalistas revolucionarios, significa un gran avance para la creación de relaciones adecuadas entre las organizaciones sindicales y la organización política, lo que a su vez es un gran paso adelante hacia la revolución.

23 de marzo de 1923.

II. ¡OTRA VEZ LOS PREJUICIOS ANARCOSINDICALISTAS!

El nuevo artículo del camarada Louzon^[12] contiene más errores que los anteriores, si bien su línea principal de argumentación toma esta vez un giro totalmente distinto.

En sus artículos anteriores partía de abstracciones que suponían que los sindicatos representaban al «conjunto de la clase obrera». En mi respuesta planteé la siguiente duda: «¿Dónde escribe sus artículos el camarada Louzon, en Francia o en Sirio?». En su último artículo abandonó el débil soporte de las leyes universales e intentó apoyarse en el terreno nacional del sindicalismo francés. Dice que sí, que los sindicatos franceses no son realmente el conjunto de la clase trabajadora sino una minoría activa. O sea que el camarada Louzon reconoce que los sindicatos son una especie de partido revolucionario. Pero este partido sindicalista se distingue por ser puramente proletario en su constitución. Ésta es su gran ventaja sobre el Partido Comunista. Además tiene otras ventajas: el partido sindicalista rechaza categóricamente las instituciones estatales burguesas, no «reconoce» a la democracia y por lo tanto no toma parte en las luchas parlamentarias.

El camarada Louzon no se cansa de repetir que nos referimos a las particularidades del desarrollo francés, únicamente. Habiendo comenzado con una amplia generalización en la que había convertido a Marx en un sindicalista, ahora deja de lado a Inglaterra, Rusia y Alemania. No contesta a nuestra pregunta de por qué pertenece él a la Internacional Comunista, en compañía del minúsculo Partido Comunista Inglés, y no a la Segunda Internacional, como los sindicatos ingleses y el Partido Laborista inglés que éstos apoyan. Louzon comenzó por una ley «suprahistórica» para todos los países y terminó reclamando una ley excepcional para Francia. Más todavía, su carácter excluye la posibilidad de una Internacional: ¿cómo pueden discutirse tácticas comunes si no hay premisas fundamentales comunes? Es muy difícil entender por qué el camarada pertenece a la Intersindical Comunista. No menos difícil es entender por qué pertenece al Partido Comunista Francés, habiendo otro que tiene todas sus ventajas y ninguna de sus desventajas.

Ahora, si bien el camarada Louzon deja el plano internacional para internarse en el nacional, ignora sistemáticamente la cuestión «nacional» que se le planteó en nuestro primer artículo: ¿Qué papel cumplió la CGT^[13] durante la guerra? El de Jouhaux no fue menos despreciable y traidor que el de Renaudel^[14]. La única diferencia consistió en el hecho de que el partido socialpatriótico demostraba una cierta sistematización en sus posiciones y en sus actos, mientras que los sindicalistas patriotas actuaban de una forma puramente empírica y justificaban sus acciones con miserables y estúpidas improvisaciones. Podría decirse que, en cuanto a tradición patriótica, el Partido Socialista, debido a su definición, superaba al semidefinido partido sindicalista. En el fondo, Renaudel y Jouhaux eran lo mismo.

¿Y ahora qué pasa? ¿Desea Louzon la unión de ambas confederaciones? Nosotros sí. La Internacional lo considera necesario. Ni siquiera nos alarmaríamos si esta unión le da a Jouhaux la mayoría. Claro que no diríamos (como lo hace Louzon) que el sindicalismo es, aun encabezado por Jouhaux, Dumoulin, Merrheim y demás^[15], la forma más pura de organización proletaria, que abarca «al conjunto de la clase obrera», etcétera, etcétera. Sería una tergiversación de los hechos. Pero consideraríamos que la formación de organizaciones obreras más amplias, es decir la concentración de masas proletarias mayores, que conformen un campo de batalla más vasto para la lucha por las tácticas e ideas del comunismo, es un gran logro para la causa de la revolución. Lo primero que se necesita para esto es que las ideas y tácticas del comunismo no estén en el aire sino organizadas bajo la forma de un partido. En cuanto al camarada Louzon, no es consecuente hasta el fin con sus planteamientos,

porque si no su conclusión lógica debería ser la sustitución del partido por una organización sindical de la «minoría activa». El resultado inevitable de esto sería el reemplazo del partido y del sindicato, ya que esos sindicatos que propone el camarada Louzon son demasiado indefinidos como partidos y demasiado pequeños para sindicatos.

Los argumentos del camarada Louzon respecto a que los sindicatos no quieren mancharse con el contacto con las organizaciones de la democracia burguesa le hacen un débil eco al anarquismo. Puede suponerse que la mayoría de los obreros organizados en la CGTU votaran en las elecciones por el Partido Comunista (al menos esperamos que el camarada Louzon, como miembro del Partido Comunista, los llame a hacerlo), mientras que la mayoría de los miembros de la confederación amarilla votarán por el partido de Blum, Renaudel^[16]. El sindicato, como forma organizativa, no se adapta a la lucha parlamentaria, pero los obreros organizados en los sindicatos tendrán igualmente sus diputados. Es un simple caso de división del trabajo dentro de una misma clase. ¿O acaso a los obreros franceses les es indiferente lo que pasa en el parlamento? Ellos no piensan así. Los sindicatos han reaccionado muchas veces ante la labor legislativa del parlamento, y lo seguirán haciendo en el futuro. Y si, al mismo tiempo, hay legisladores comunistas en el parlamento, que trabajen hombro a hombro con los sindicatos revolucionarios contra los actos de violencia y los golpes de la «democracia» imperialista, es una ventaja y no una desventaja. La «tradición» francesa dice que los diputados son traidores. Pero el Partido Comunista Francés ha sido creado para barrer con esa tradición. Si algún diputado se aparta de la línea clasista, será expulsado del partido. Nuestro partido francés ha aprendido a hacerlo y la desconfianza es totalmente infundada.

Louzon se queja de que el partido tiene muchos intelectuales pequeñoburgueses. Es cierto. Pero el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista lo reconoció y adoptó una resolución al respecto, que no ha dejado de tener su efecto. Hay más por hacer para consolidar el carácter proletario del partido. Pero no lograremos este fin mediante la contradictoria metafísica sindicalista del camarada Louzon, sino con un trabajo partidario sistemático en el terreno sindical y en los aspectos de la lucha proletaria. Ya hay un número considerable de obreros en el Comité Central de nuestro partido francés. Esto se refleja en todo el partido. La misma tendencia se sigue, de acuerdo a las resoluciones del Cuarto Congreso, en las elecciones parlamentarias y municipales. El partido ganará así la confianza del proletariado revolucionario. Esto significa que el partido sufrirá cada vez menos la falta de proletarios activos y competentes que ocupen los puestos revolucionarios más importantes y de mayor responsabilidad. Mucho me temo que las posiciones del camarada Louzon ejerzan una influencia negativa sobre esta profunda evolución progresiva de la vanguardia de la clase obrera francesa. Pero no dudo de que el comunismo superará este obstáculo, como todos los demás.

Moscú, 8 de mayo de 1923

III. COMUNISMO Y SINDICALISMO

El problema de los sindicatos es uno de los más importantes para el movimiento obrero y por lo tanto también para la Oposición. Si ésta no tiene una posición clara acerca de los sindicatos no podrá ganar una influencia real sobre la clase obrera. Por eso quiero plantear aquí, *para la discusión*, algunas consideraciones sobre la cuestión sindical.

1. El Partido Comunista es la herramienta fundamental para la acción revolucionaria del proletariado, la organización de combate de su vanguardia que debe erigirse en dirección de la clase obrera en todos los ámbitos de su lucha, sin excepción, y por lo tanto también en el campo sindical.

2. Los que, en principio, contraponen autonomía sindical a dirección del Partido Comunista están contraponiendo —quíéranlo o no— al sector proletario más atrasado con la vanguardia de la clase obrera, la lucha por las conquistas inmediatas con la lucha por la completa liberación de los trabajadores, el reformismo con el comunismo, el oportunismo con el marxismo revolucionario.

3. El sindicalismo francés de preguerra, en la época de su surgimiento y expansión, al luchar por su autonomía sindical luchaba en realidad por su independencia del gobierno burgués y sus partidos, entre ellos el socialismo reformista-parlamentario. Ésta fue una lucha contra el oportunismo librada de manera revolucionaria.

En este sentido, el sindicalismo revolucionario no hizo un fetiche de la autonomía de las organizaciones de masas. Por el contrario, comprendió y elogió el papel dirigente de la minoría revolucionaria en relación a las organizaciones de masas, que reflejan a la clase obrera con todas sus contradicciones, su retraso y sus debilidades.

4. La teoría de la minoría activa era esencialmente una teoría incompleta del partido proletario. En toda su práctica el sindicalismo revolucionario era un embrión de partido revolucionario, en oposición al oportunismo; es decir, era un notable precursor del comunismo revolucionario.

5. La debilidad del anarco-sindicalismo, aun en su período clásico, era la falta de una base teórica correcta lo que resultaba en una comprensión errónea de la naturaleza del Estado y de su papel en la lucha de clases, así como en una concepción incompleta, no del todo desarrollada y por lo tanto equivocada del papel de la minoría revolucionaria, es decir, del partido. De ahí sus errores tácticos, como el fetichismo hacia la huelga general, el desconocimiento de la relación entre la insurrección y la toma del poder, etcétera.

6. Después de la guerra, el sindicalismo francés encontró en el comunismo su refutación, y también su desarrollo y su realización plena. Intentar revivir ahora el sindicalismo revolucionario sería tratar de hacer retroceder la historia. Semejante intento sólo puede resultar reaccionario para el movimiento obrero.

7. Los epígonos^[17] del sindicalismo transforman (en las palabras) la independencia de las organizaciones sindicales de la burguesía y de los socialistas reformistas en independencia en general, en independencia absoluta de todos los partidos, incluyendo el comunista.

Si en su momento de expansión el sindicalismo se consideraba a sí mismo una vanguardia y luchaba por la hegemonía de la minoría de vanguardia sobre las masas atrasadas, los epígonos del sindicalismo luchan ahora contra idénticas intenciones de la vanguardia comunista, intentando, aunque sin éxito, basarse en el poco desarrollo y en los prejuicios de los sectores más retrasados de la clase obrera.

8. La independencia de la influencia de la burguesía no puede ser un estado pasivo. Solamente se expresa mediante actos políticos, o sea mediante la lucha contra la burguesía. Esta lucha debe inspirarse en un programa claro, que requiere una organización y tácticas para su aplicación. La unión del programa, la organización y las tácticas forman el partido. En este sentido, la verdadera independencia del proletariado del gobierno burgués no puede concretarse a menos que lleve a cabo su lucha bajo la

conducción de un partido revolucionario y no de un partido oportunista.

9. Los epígonos del sindicalismo querrían hacernos creer que los sindicatos son suficientes por sí mismos. Esto teóricamente no quiere decir nada, pero en la práctica significa la disolución de la vanguardia revolucionaria en la retaguardia de masas, o sea en los sindicatos.

Cuanto más amplias son las masas que aglutinan los sindicatos, éstos cumplen mejor su misión. Un partido proletario, por el contrario, adquiere prestigio solamente si es ideológicamente homogéneo, y está ligado por la unidad de acción y de organización. Pretender que los sindicatos son autosuficientes porque el proletariado ya ha alcanzado su «mayoría» de edad es sencillamente adular al proletariado. Es decirle que es lo que no es ni podrá ser bajo el capitalismo, y mantener en el atraso y la ignorancia a enormes masas de obreros, permitiendo sólo a la vanguardia la posibilidad de superar las dificultades y llegar a una clara comprensión de las tareas del conjunto de su clase.

10. La autonomía real, práctica y no metafísica, de la organización sindical, no se ve perturbada ni disminuida en lo más mínimo por el intento del Partido Comunista por influir sobre ella. Todo militante del sindicato tiene derecho a votar como le parece y a elegir al que él considere mejor. Los comunistas, al igual que los demás, gozan de este derecho.

Que los comunistas ganen la mayoría en los órganos directivos está totalmente de acuerdo con el principio de autonomía, o sea de autoadministración, de los sindicatos. Por otra parte ningún estatuto sindical puede impedir o prohibir al partido que elija como militante de su Comité Central al secretario de la Confederación del Trabajo, ya que aquí entramos enteramente en el dominio de la autonomía partidaria.

11. Por supuesto que los comunistas se someten en los sindicatos, sin importar qué puesto ocupen, a la disciplina partidaria. Esto no excluye sino que presupone su sumisión a la disciplina sindical. En otras palabras: el partido no les impone ninguna línea de conducta que contradiga la predisposición ni las opiniones de la mayoría de los militantes de los sindicatos. En casos enteramente excepcionales, cuando el partido considera imposible el acatamiento por parte de sus militantes de alguna decisión reaccionaria del sindicato, señala abiertamente a sus militantes las consecuencias que esto acarrea: separación de los cargos, expulsiones y demás.

En estas cuestiones, con fórmulas jurídicas (y la autonomía es una fórmula puramente jurídica) no se va a ninguna parte. Debe plantearse lo esencial del problema, y lo esencial es la *política* sindical. A una política incorrecta debe oponerse una política correcta.

12. El carácter de la influencia del partido, sus formas y sus métodos pueden diferir profundamente, de acuerdo a las condiciones generales de un país dado o a su nivel de desarrollo.

En los países capitalistas, donde el Partido Comunista no tiene ningún medio de coerción, es obvio que solamente pueden ejercer un liderazgo a través de los comunistas que sean militantes o liberados de los sindicatos.

El número de comunistas que ocupan cargos de dirección en los sindicatos sólo es un medio más para medir la influencia del partido. El parámetro más importante es el porcentaje de comunistas en relación al total de sindicalizados. Pero el criterio principal es la influencia general del partido sobre la clase obrera, que se mide por la circulación de la prensa comunista, la concurrencia a actos del partido, el número de votos obtenidos en las elecciones y, lo que es especialmente importante, el número de obreros y obreras que responden activamente a los llamamientos del partido a la lucha.

13. Claro está que la influencia general del Partido Comunista crecerá, incluso en los sindicatos, cuanto más revolucionaria sea la situación.

Estas condiciones permiten una apreciación del grado y la forma de la verdadera

autonomía, real y no metafísica, de los sindicatos. En tiempos de «paz», cuando las formas más militantes de acción sindical consisten en huelgas económicas aisladas, el papel *directo* del partido en la acción sindical pasa a segundo plano. Por regla general, el partido no toma una decisión sobre cada huelga aislada. *Ayuda* al sindicato a decidir si es oportuna, a través de su información económica, política y sus consejos. *Colabora en* la huelga mediante la agitación, etcétera. Pero en la huelga el primer lugar por supuesto corresponde al sindicato.

La situación cambia radicalmente cuando la movilización adquiere la forma de una huelga general o incluso en una lucha directa por el poder. En esas condiciones el papel de dirección del partido es directo e inmediato. Los sindicatos (naturalmente los que no se pasan al otro lado de la barricada) se convierten en aparatos organizativos del partido que aparece, ante toda la clase, como el líder de la revolución y asume toda la responsabilidad. Entre la huelga económica parcial y la insurrección revolucionaria, hay toda una gama de posibles relaciones entre el partido y los sindicatos, varios grados de influencia directa e inmediata, etcétera.

Pero, cualesquiera que sean las condiciones, el partido trata de ganar influencia y para ello cuenta con la autonomía de los sindicatos, que (sobra decirlo) no están «sometidos» a él organizativamente.

14. Los hechos demuestran que no existen en ninguna parte sindicatos políticamente «independientes». Nunca los hubo y la experiencia y la teoría nos dicen que nunca los habrá. En los Estados Unidos los aparatos sindicales están directamente vinculados a la plana mayor de la industria y a los partidos burgueses. En Inglaterra, antes apoyaban en general a los liberales, ahora forman la base material del Partido Laborista. En Alemania, marchan bajo la bandera de la socialdemocracia. En la República Soviética su dirección corresponde a los bolchevique. En Francia una de las organizaciones sindicales sigue a los socialistas y otra a los comunistas. En Finlandia se dividieron recientemente, unos giraron hacia la socialdemocracia y otros hacia el comunismo. Así ocurre en todas partes.

Los teóricos de la «independencia» del movimiento sindical hasta ahora no se han molestado en preguntarse: ¿por qué su reivindicación no se hace realidad en ninguna parte sino que, por el contrario, la dependencia de los sindicatos respecto de un partido se hace sin excepción cada vez más evidente en todas partes? Esto está directamente vinculado con las características de la época imperialista, que deja al desnudo todas las relaciones de clase y que incluso dentro del proletariado acentúa las contradicciones entre su aristocracia y los sectores más explotados.

15. La expresión más acabada de este sindicalismo fuera de época es la llamada Liga Sindicalista (*Ligue Syndicaliste*). Por sus características, aparece como una organización política que trata de subordinar el movimiento sindical a su influencia. Concretamente, recluta a sus militantes según el método de los grupos políticos y no el de los sindicatos. Tiene una plataforma, ya que no un programa, y lo defiende en sus publicaciones. Tiene su propia disciplina interna dentro del movimiento sindical. En los congresos de las Confederaciones sus partidarios actúan como fracción política, lo mismo que los comunistas. En pocas palabras: la tendencia de la Liga Sindicalista se reduce a la lucha por liberar a ambas Confederaciones de la dirección de socialistas y comunistas y unir las bajo la dirección del grupo de Monatte.

La Liga no actúa abiertamente en nombre del derecho de la minoría más avanzada a luchar para extender su influencia sobre las masas retrasadas y de la necesidad de que esto ocurra. Se presenta bajo el disfraz de lo que llama la «independencia» sindical. En este sentido se aproxima al Partido Socialista, que también ejerce su liderazgo ocultándose tras la frase «independencia del movimiento sindical». En cambio el Partido Comunista dice abiertamente a la clase obrera: he aquí mi programa, mis tácticas y mi política, y se lo propongo a los sindicatos.

El proletariado no debe creer nada a ciegas. Debe juzgar a cada partido y a cada organización por su trabajo. Los obreros deben desconfiar doblemente de los aspirantes a dirigentes que actúan de incógnito, pretendiendo hacerles creer que no necesitan ninguna dirección.

16. No se debe negar el derecho de un partido político a luchar para ganar influencia en los sindicatos, pero hay que hacerse una pregunta: ¿En nombre de qué programa y de qué táctica lucha esa organización? En este sentido la Liga Sindicalista no ofrece las garantías necesarias. Su programa es extremadamente amorfo, lo mismo ocurre con sus tácticas.

En sus evaluaciones actúa por reacción ante los hechos. Mientras acepta la revolución proletaria e incluso la dictadura del proletariado, ignora al partido y lucha contra la influencia comunista, sin la cual la revolución proletaria será siempre una frase vacía.

17. La ideología de la independencia sindical no tiene nada en común con las ideas y sentimientos del proletariado como clase. Si el partido, mediante su dirección, es capaz de garantizar una política correcta, clara y firme en los sindicatos, a ningún obrero se le ocurrirá rebelarse contra la dirección del partido. Lo prueba la experiencia histórica de los bolcheviques.

Esto se aplica también a Francia, donde los comunistas obtuvieron 1.200 000 votos en las elecciones mientras que la *Confédération Générale du Travail Unitaire* (organización central de los sindicatos rojos) no reúne más que la tercera o la cuarta parte de esa cifra. Claro está que cualesquiera que sean las condiciones la consigna abstracta de independencia nunca surgirá de las masas. La burocracia sindical es otra cosa. No sólo tiene celos profesionales de la burocracia partidaria, sino que tiende a independizarse también del control de la vanguardia del proletariado. La consigna de independencia es, por sus mismas bases, una consigna burocrática y no de clase.

18. Bajo el fetiche de la «independencia» la Liga Sindicalista convierte en fetiche también la *unidad sindical*

No hace falta decir que mantener la unidad de las organizaciones sindicales tiene enormes ventajas, tanto desde el punto de vista de las tareas diarias del proletariado como desde el de la lucha del Partido Comunista por extender su influencia sobre las masas. Pero la realidad nos muestra que a partir de los primeros éxitos del ala revolucionaria en los sindicatos los oportunistas han tomado deliberadamente la senda de la ruptura. Les son más queridas las relaciones pacíficas con la burguesía que la unidad del proletariado. Ésta es la única conclusión que se puede extraer de la experiencia de posguerra.

De todos modos, a los comunistas nos interesa demostrarles a los obreros que la responsabilidad por la ruptura de los sindicatos recae enteramente sobre la socialdemocracia. Pero de esto no se desprende que la fórmula vacua de la unidad sea más importante para nosotros que las tareas revolucionarias de la clase obrera.

19. Han pasado ocho años de la ruptura sindical en Francia. Durante este tiempo ambas organizaciones se ligaron definitivamente a partidos políticos mortalmente hostiles. En tales condiciones sería alimentar vanas esperanzas pretender unificar el movimiento sindical mediante una simple llamada a la unidad. Declarar que sin la unificación previa de las dos organizaciones no sólo no es posible la revolución, sino tampoco una seria lucha de clases, significa hacer depender el futuro de la revolución de la corrupta camarilla sindical de los reformistas.

En realidad el futuro de la revolución no depende de la fusión de los dos aparatos sindicales sino de la unificación de la mayoría de la clase obrera alrededor de consignas y métodos de lucha revolucionarios.

Actualmente la unificación de la clase obrera sólo es posible mediante la lucha contra los colaboracionistas de clase (coalicionistas), que se encuentran no sólo en los partidos políticos sino también en los sindicatos.

20. El verdadero camino hacia la unidad revolucionaria pasa por el desarrollo, perfeccionamiento, crecimiento y consolidación de la revolucionaria CGTU y por el debilitamiento de la reformista CGT.

No se excluye, por el contrario es muy probable, que en el momento de la revolución el proletariado francés entre a la lucha con dos confederaciones: una que nucleee a las masas y otra a la aristocracia obrera y a la burocracia.

21. La nueva oposición sindical no quiere andar, obviamente, el camino del sindicalismo. Al mismo tiempo rompe con el partido (no con determinada dirección sino con el partido en general). Eso significa lisa y llanamente que se desarma a sí misma y cae en las posiciones del gremialismo o del sindicalismo.

22. La oposición sindical tiene diferentes variantes. Pero se caracteriza por algunos rasgos comunes que no la acercan a la Oposición de Izquierda. Por el contrario, la alejan y la oponen a ella. No lucha contra los actos arbitrarios y los métodos incorrectos de la dirección comunista sino contra la influencia comunista en la clase obrera. No lucha contra la caracterización ultraizquierdista de la situación y de su evolución sino que actúa en realidad contra las perspectivas revolucionarias en general. La oposición sindical no lucha contra los métodos caricaturescos del antimilitarismo sino que plantea una orientación pacifista.

En otras palabras, la oposición sindical está evolucionando manifiestamente en un sentido reformista.

23. Es totalmente incorrecto afirmar que —contrariamente a lo sucedido en Alemania, Checoslovaquia y otros países— no se ha constituido en los últimos años en Francia un ala derecha en el campo revolucionario. Lo que pasa es que la Oposición de Derecha francesa, renegando de la política revolucionaria del comunismo, ha asumido, conforme a las tradiciones del movimiento obrero francés, un carácter sindicalista, ocultando de este modo su fisonomía política. En el fondo la mayoría de la oposición sindical representa el ala derecha, lo mismo que el grupo de Brandler^[8] en Alemania, los sindicalistas checos que después de la ruptura adoptaron una posición claramente reformista, etcétera.

24. Se podría objetar que todas las consideraciones precedentes serían correctas únicamente con la condición de que el Partido Comunista tuviera una política correcta. Esta objeción es infundada. El problema de la relación entre el partido, que representa al proletariado como debería ser, y los sindicatos, que lo representan tal cual es, es el más fundamental del marxismo revolucionario. Sería un verdadero suicidio desechar la única respuesta principista posible a esta cuestión solamente porque el Partido Comunista, bajo influencias objetivas y subjetivas de las que hemos hablado más de una vez, esté llevando a cabo una política incorrecta en los sindicatos, así como en otros campos. A una política incorrecta se le opone una política correcta. Con este objeto, la Oposición de Izquierda se ha constituido en fracción. Si se considera que todo el Partido Comunista Francés está en una situación irremediable o sin esperanzas de recuperarse —cosa que nosotros no creemos— debe oponérsele otro partido. Pero esto no cambia ni en un milímetro la cuestión de la relación entre el partido y la clase. La Oposición de Izquierda opina que es imposible influir en el movimiento sindical, ayudarlo a encontrar una orientación correcta, imbuirlo de consignas adecuadas más que a través del Partido Comunista (o por el momento de una fracción) que es, además de sus otros atributos, el principal laboratorio ideológico de la clase obrera.

25. Bien entendido, la tarea del Partido Comunista no consiste solamente en ganar influencia en los sindicatos tal como son, sino en ganar a través de los sindicatos influencia en la mayoría de la clase obrera. Esto es posible solamente si los métodos que emplea el partido en los sindicatos corresponden a la naturaleza y a las tareas de éstos. La lucha del Partido Comunista por ganar influencia en los sindicatos se pone a prueba en el hecho de que éstos prosperen o no, en si aumenta el número de sus

militantes, como también en sus relaciones con las masas. Si el partido paga su influencia en los sindicatos al precio de limitar su alcance o de fraccionarlos (convirtiéndolos en auxiliares del partido para fines momentáneos o impidiéndoles convertirse en auténticas organizaciones de masas), las relaciones entre el partido y la clase andan mal. No es necesario que tratemos aquí las causas de semejante situación. Lo hemos hecho más de una vez y lo hacemos todos los días. La inconstancia de la política comunista oficial refleja su tendencia aventurera a convertirse en amos de la clase obrera en el menor tiempo posible, mediante malabarismos, maquinaciones, una agitación superficial, etcétera.

Sin embargo el modo de salir de esta situación no es contraponer los sindicatos al partido (o a la fracción) sino luchar implacablemente por cambiar toda la política del partido, incluso la sindical.

26. La Oposición de Izquierda debe conectar indisolublemente los problemas del movimiento sindical con los de la lucha política del proletariado. Debe ofrecer un análisis concreto del nivel actual de desarrollo del movimiento obrero francés. Debe hacer una evaluación, tanto cuantitativa como cualitativa, del movimiento huelguístico actual y de sus perspectivas en relación a las perspectivas del desarrollo económico francés. De más está decir que está completamente descartada la posibilidad de una estabilización y una paz capitalista que duren décadas. Esto se debe a una caracterización de nuestra época como revolucionaria. Surge de la necesidad de una preparación oportuna del proletariado de vanguardia ante los cambios abruptos que son no sólo probables sino inevitables. Cuanto más firme e implacable sea su acción contra las fanfarronadas supuestamente revolucionarias de la burocracia centrista, contra la histeria política que no tiene en cuenta las condiciones objetivas, que confunde hoy con ayer o con mañana, más firme y decididamente debe oponerse a la derecha que toma sus críticas y se oculta tras ellas para infiltrarse en el marxismo revolucionario.

27. ¿Otra definición nueva de los límites? ¿Nuevas polémicas? ¿Nuevas rupturas? Así se lamentarán las almas buenas pero cansadas que querrían transformar la Oposición en un tranquilo retiro donde uno pueda descansar en paz de las grandes tareas, preservando intacto el nombre de «revolucionario de izquierda». ¡No!, les decimos a estos espíritus cansados; no seguimos el mismo rumbo. La verdad nunca ha sido la suma de pequeños errores. Una organización revolucionaria no puede nunca componerse de pequeños grupos conservadores, que lo primero que buscan es diferenciarse unos de otros. Hay épocas en que la tendencia revolucionaria se ve reducida a una pequeña minoría dentro del movimiento obrero. Pero lo que esas épocas exigen no es hacer arreglos entre pequeños grupos, tapándose mutuamente los pecados, sino por el contrario una lucha doblemente impecable por una perspectiva correcta y una educación de los cuadros en el espíritu del auténtico marxismo. Solamente así es posible la victoria.

28. En cuanto al autor de estas líneas, debe admitir que la idea que tenía sobre el grupo de Monatte cuando fue deportado de la Unión Soviética resultó ser demasiado optimista y por lo tanto falsa. Durante muchos años no tuvo la oportunidad de seguir el accionar de este grupo. Juzgó por viejos recuerdos. Las divergencias no sólo resultaron ser más profundas sino también más agudas de lo que había supuesto. Los sucesos de los últimos tiempos han probado sin lugar a dudas que la Oposición comunista de Francia no podrá avanzar sin una clara y precisa definición ideológica de la línea del sindicalismo. Las tesis propuestas son un primer paso hacia esa definición, que es el prelude de una lucha exitosa contra la charlatanería revolucionaria y contra la esencia oportunista de Cachin, Monmouseau y Cía^[19].

14 de octubre de 1929.

IV. LOS ERRORES DE PRINCIPIO DEL SINDICALISMO

Cuando llegué a Francia en octubre de 1914 encontré al movimiento socialista y sindical francés en un estado de profunda desmoralización chovinista. Buscando revolucionarios, linterna en mano, trabé conocimiento con Monatte y Rosmer^[20]. Ellos no habían sucumbido al chovinismo. Así comenzó nuestra amistad. Monatte se consideraba un anarco-sindicalista, pero a pesar de eso se encontraba mucho más cercano a mí que los guesdistas^[21] franceses, que hacían un papel vergonzoso. Por esa época los Cachin se estaban familiarizando con las entradas de servicio de los ministerios de la Tercera República^[22] y de las embajadas aliadas. En 1915 Monatte abandonó, dando un portazo, el comité central de la CGT. Su alejamiento de la central sindical significó esencialmente una división. Pero en ese momento Monatte creía —correctamente— que las tareas históricas fundamentales del proletariado estaban por encima de la unidad con los chovinistas y con los lacayos del imperialismo. En esto Monatte era leal a las mejores tradiciones del sindicalismo revolucionario.

Monatte fue uno de los primeros amigos de la Revolución de Octubre. Es cierto que, a diferencia de Rosmer, mantuvo reservas durante mucho tiempo. Esto estaba muy de acuerdo con las características de Monatte, de lo que me convencí luego, de mantenerse aparte, de esperar, de criticar. A veces esta actitud es absolutamente inevitable. Pero como línea de conducta *básica* se convierte en una forma de sectarismo muy afín al proudhonismo^[23], pero que no tiene nada en común con el marxismo.

Cuando el Partido Socialista de Francia se convirtió en Partido Comunista, tuve la oportunidad de discutir frecuentemente con Lenin la onerosa herencia que había recibido la Internacional con líderes como Cachin, Frossard y otros héroes de la Liga por los Derechos del Hombre, de francmasones, parlamentarios, trepadores y charlatanes. Ésta es una de esas conversaciones que, si no me equivoco, ya he publicado en la prensa.

Sería bueno —me decía Lenin— alejar del partido a todos estos veletas y meter en él a los sindicalistas revolucionarios, a los militantes obreros, a las personas realmente devotas de la causa de la clase obrera. ¿Y Monatte?

—Por supuesto que Monatte sería diez veces mejor que Cachin y que los otros como él —le contesté—. Pero Monatte no sólo sigue rechazando el parlamentarismo sino que hasta hoy no ha alcanzado a comprender la importancia del partido.

Lenin estaba asombrado: —¡Imposible! ¿No ha llegado a comprender la importancia del partido después de la Revolución de Octubre? Ése es un síntoma alarmante.

Mantenia una cierta correspondencia con Monatte, así que lo invité a venir a Moscú. Fiel a su temperamento prefirió en este caso mantenerse aparte y esperar. Además en el Partido Comunista no se encontraba cómodo. En eso tenía razón. Pero en vez de ayudar a transformarlo esperó. En el Cuarto Congreso logramos dar el primer paso hacia la limpieza del Partido Comunista de Francia de francmasones, pacifistas y trepadores. Monatte entró al partido. No hace falta señalar que para nosotros esto no significaba que hubiera adoptado una posición marxista. El 23 de marzo de 1923 escribí en *Pravda*: «La entrada de nuestro viejo amigo Monatte al Partido Comunista fue para nosotros una gran alegría. La revolución necesita hombres como él. Pero sería un error pagar un *rapprochement* con una confusión de ideas». En este artículo criticaba el escolasticismo de Louzon sobre las relaciones entre la clase, los sindicatos y el partido. En particular explicaba que el sindicalismo de preguerra había sido un embrión del Partido Comunista, que ese embrión se había convertido en un niño y que si esa criatura sufría ahora de sarampión y de raquitismo era necesario curarla y nutrirla, pero que sería absurdo suponer que se lo podía hacer volver al útero materno. Podría decirse que los argumentos de mi artículo de 1923, caricaturizados, son hasta el momento la principal herramienta contra Monatte en manos de Monmousseau y otros

luchadores antitrotskyistas.

Monatte se unió al partido. Pero apenas sí había tenido tiempo de acostumbrarse a una morada más amplia que su tiendita de *Quai de Jemmapes*^[24] cuando se le echó encima el *coup d'état* en la Internacional: enfermó Lenin y comenzó la campaña contra el «trotskismo» y la «bolchevización» zinovievista. Monatte no pudo someterse a los trepadores que, apoyándose en la plana mayor de los epígonos de Moscú y disponiendo de recursos ilimitados, se acomodaban utilizando la intriga y la calumnia. Fue expulsado del partido. Este episodio, que por importante que sea no es más que eso, un episodio, fue decisivo en el desarrollo político de Monatte. Decidió que su corta experiencia en el partido había confirmado plenamente sus prejuicios anarcosindicalistas contra el partido en general. Comenzó entonces a regresar insistentemente a posiciones ya abandonadas. Comenzó a buscar nuevamente la Carta de Amiens^[25]. Para esto tenía que volver la vista al pasado. Las experiencias de la guerra, de la Revolución Rusa y del movimiento sindical mundial se perdieron, dejando apenas una huella en él. Otra vez Monatte se sentaba a esperar. ¿Qué? Un nuevo Congreso de Amiens. Desgraciadamente no pude seguir durante los últimos años la evolución regresiva de Monatte: la Oposición Rusa vivía bloqueada.

De todos los tesoros de la teoría y la práctica de la lucha mundial del proletariado, Monatte no ha extraído más de dos ideas: *autonomía sindical* y *unidad sindical*. Ha elevado estos dos principios puros por encima de nuestra realidad pecadora. Basó su periódico y su Liga Sindicalista en la autonomía sindical y en la unidad sindical. Pero éstas son ideas huecas, y se parecen al agujerito de un anillo. A Monatte no le interesa más que el agujero de la autonomía.

No menos vacío es el otro principio sagrado: *unidad*. En su nombre Monatte hasta se opuso a la ruptura del Comité Anglo-ruso^[26], aun cuando el Consejo General de los sindicatos británicos había traicionado la huelga general. El hecho de que Stalin, Bujarin, Cachin, Monmousseau y otros apoyaron el bloque con los rompehuelgas hasta que éstos los dejaron de lado, no reduce para nada el error de Monatte. A mi llegada al extranjero intenté explicar a los lectores de *Révolution Proletarienne*^[27] el carácter criminal de este bloque, cuyas consecuencias todavía se hacen sentir en el movimiento obrero. Monatte no quiso publicar mi artículo. ¿Cómo podía ser de otra manera, si yo había atacado el sagrado principio de la unidad sindical, que resuelve todos los problemas y concilia todas las contradicciones?

Cuando los huelguistas encuentran a su paso un grupo de rompehuelgas los sacan del medio sin desperdiciar un solo golpe. Si estos pertenecen al sindicato los expulsan inmediatamente, sin preocuparse por el sagrado principio de la unidad sindical. Monatte seguramente no objeta esto. Pero la cosa es diferente si se trata de la burocracia sindical y sus líderes. El Consejo General no se compone de famélicos y retrasados rompehuelgas. Son traidores bien nutridos y experimentados, que en determinado momento se ponen a la cabeza de la huelga general para decapitarla lo más rápida y seguramente posible. Actuaban mano a mano con el gobierno, los patrones y la iglesia. Parecería que los dirigentes de los sindicatos rusos, que formaban un bloque político con el Consejo General, deberían haber roto con él inmediata, abierta e implacablemente, a la vista de las masas que éste había decepcionado y traicionado. Pero Monatte se alza con fiereza: está prohibido perturbar la unidad sindical. Inesperadamente, olvida que él mismo alteró esta unidad en 1915 al abandonar el Consejo General chovinista de la *Confédération Générale du Travail*.

Hay que decirlo abiertamente: entre el Monatte de 1915 y el de 1929 hay un abismo. A él le parece que se mantiene fiel a sí mismo. Es cierto, hasta cierto punto. Monatte repite unas pocas viejas fórmulas, pero ignora totalmente las experiencias de los últimos quince años, más ricas en enseñanzas que toda la historia precedente de la humanidad. En su intento de retornar a posiciones anteriores, no se da cuenta de que

éstas desaparecieron hace tiempo. Se trate de lo que se trate, Monatte mira hacia atrás, se ve claramente en el problema del partido y el Estado.

Hace algún tiempo me acusaba de subestimar los «peligros» del poder estatal (*Révolution Proletarienne*, N°79, 1º de mayo de 1929, pág. 2). Este reproche no es nuevo. Tiene su origen en la lucha de Bakunin contra Marx y revela una concepción falsa, contradictoria y esencialmente no-proletaria del Estado.

En todo el mundo, a excepción de un país, el poder estatal está en manos de la burguesía. *En esto, y sólo en esto, reside para el proletariado el peligro del poder estatal.* La tarea histórica del proletariado es arrancar de manos de la burguesía este poderosísimo instrumento de opresión. Los comunistas no negamos las dificultades y los peligros que implica la dictadura del proletariado. ¿Pero reduce esto la necesidad de tomar el poder? Si una fuerza irresistible arrastrara a todo el proletariado a la toma del poder, o si ya lo hubiera conquistado, se podría, hablando estrictamente, comprender tal o cual prevención de los sindicalistas. Como es sabido, Lenin alertó en su testamento^[28] contra el abuso del poder revolucionario. La Oposición ha llevado adelante la batalla contra las deformaciones de la dictadura del proletariado desde su formación, y sin necesidad de pedirle nada prestado al arsenal del anarquismo.

En cambio, en los países burgueses la desgracia es que la abrumadora mayoría del proletariado no entiende como es debido los peligros del estado *burgués*. Por la forma en que encarán la cuestión, los sindicalistas, involuntariamente por supuesto, contribuyen a la conciliación pasiva de los obreros con el Estado capitalista. Cuando los sindicalistas hacen sonar en los oídos de los obreros, oprimidos por el Estado burgués, sus alertas sobre el peligro del Estado proletario cumplen un rol puramente reaccionario. Los burgueses se apresurarán a repetir a los obreros: «No toquéis el Estado porque es una trampa muy peligrosa para vosotros». Los comunistas les dirán: «Las dificultades y los peligros con que se enfrenta el proletariado al día siguiente de la toma del poder aprenderemos a superarlos sobre la base de la experiencia. Pero en el presente los peligros más amenazantes residen en el hecho de que nuestro enemigo de clase tenga las riendas del poder en sus manos y las maneje en contra nuestra».

En la sociedad contemporánea hay sólo dos clases capaces de tener el poder en sus manos: la burguesía y el proletariado. La pequeña burguesía perdió hace tiempo la posibilidad económica de dirigir los destinos de la sociedad moderna. A veces, en arranques de desesperación, se levanta a la conquista del poder, incluso armas en mano, como ha sucedido en Italia, Polonia y otros países. Pero las insurrecciones fascistas terminan simplemente en que el nuevo poder se convierte en el instrumento del capital financiero de un modo aún más brutal y descarado. Por eso los ideólogos más representativos de la pequeña burguesía le temen al poder estatal como tal. Le temen cuando está en manos de la gran burguesía porque ésta los asfixia y los arruina. También le temen cuando está en manos del proletariado porque éste socava sus condiciones de vida habituales. Finalmente le temen cuando está en sus propias manos impotentes porque inevitablemente pasará a las del capital financiero o a las del proletariado. Los anarquistas no ven los problemas revolucionarios del poder estatal, su rol histórico; sólo ven sus «peligros». Los anarquistas que se oponen a todo Estado son, por lo tanto, los representantes más lógicos y por eso más sin esperanzas de la pequeña burguesía en su histórico callejón sin salida.

Sí, también el detentar el poder del Estado engendra peligros en el régimen de dictadura del proletariado, pero la esencia de ese peligro reside en la posibilidad de que ese poder vuelva a manos de la burguesía. El riesgo más conocido y obvio es el burocratismo. ¿En qué consiste? Si una burocracia obrera esclarecida pudiera llevar la sociedad al socialismo, o sea a la liquidación del Estado, nos reconciliaríamos con semejante burocracia. Pero su *carácter* es el opuesto: al separarse del proletariado, al colocarse por encima de éste, la burocracia cae bajo la influencia de las clases

pequeño burguesas y puede así facilitar el retorno del poder a manos de la burguesía. En otras palabras: para los obreros los peligros del Estado bajo la dictadura del proletariado no son, si se los analiza a fondo, más que el peligro de la restauración del poder burgués.

No menos importante es el problema del *origen* de este peligro burocrático. Sería totalmente erróneo pensar, imaginar, que el burocratismo surge exclusivamente del hecho de que el proletariado conquiste el poder. No es ése el caso. En los estados capitalistas se observan las formas más monstruosas de burocratismo precisamente en los sindicatos. Basta con ver lo que pasa en Norteamérica, Inglaterra y Alemania. Amsterdam^[29] es la más poderosa organización internacional de la burocracia sindical. Gracias a ella se mantiene en pie toda la estructura del capitalismo, sobre todo en Europa y especialmente en Inglaterra. Si no fuera por la burocracia sindical, la policía, el ejército, los lores, la monarquía, aparecerían ante los ojos de las masas proletarias como lamentables y ridículos juguetes. La burocracia sindical es la columna vertebral del imperialismo británico. Gracias a esta burocracia existe la burguesía, no sólo en la metrópolis sino también en la India, en Egipto y en las demás colonias. Seríamos ciegos si les dijéramos a los obreros ingleses: «Guardaos de la conquista del poder y recordad siempre que vuestros sindicatos son el antídoto contra los peligros del Estado». Un marxista les dirá: «La burocracia sindical es el principal instrumento de la opresión del Estado burgués. Hay que arrancar el poder de manos de la burguesía, por lo tanto su principal agente, la burocracia sindical, debe ser derrocado». Entre paréntesis, es justamente por esto que el bloque de Stalin con los rompehuelgas fue tan criminal.

En el ejemplo de Inglaterra se ve claramente lo absurdo de contraponer, como si implicaran principios diferentes, la organización sindical y la organización del Estado. Allí más que en ninguna otra parte el Estado descansa sobre las espaldas de la clase obrera, que constituye una mayoría aplastante de la población del país. Hay un mecanismo por el cual la burocracia se apoya *directamente* en los obreros y el Estado lo hace indirectamente, *por la intermediación* de la burocracia sindical.

Hasta ahora no hemos mencionado al Partido Laborista, que en Inglaterra, el país clásico de los sindicatos, no es más que una trasposición política de la misma burocracia sindical. Los mismos líderes conducen los sindicatos, traicionan la huelga general, llevan a cabo la campaña electoral y luego se sientan en los ministerios. El Partido Laborista y los sindicatos no constituyen dos entes: son una mera división técnica del trabajo. Juntos forman la principal base de sustentación de la burguesía inglesa, a la que no se puede derrocar si no se derroca primero a la burocracia laborista. Y esto no se logra contraponiendo los sindicatos como tales al Estado como tal, sino mediante la activa oposición del Partido Comunista a la burocracia laborista en todos los campos de la vida social: en los sindicatos, en las huelgas, en la campaña electoral, en el parlamento y en el poder.

La tarea principal de un verdadero partido del proletariado consiste en ponerse a la cabeza de las masas trabajadoras, organizadas o no en los sindicatos, para arrancar el poder de manos de la burguesía y darles el golpe de gracia a los «peligros del estatismo»...

Constantinopla, octubre de 1929

V. MONATTE CRUZA EL RUBICÓN^[30]

Ahora ya suena ridículo y fuera de lugar hablar de acción conjunta con la Liga Sindicalista o con el Comité por la Independencia del Sindicalismo. Monatte ha cruzado el Rubicon. Se ha alineado con Dumoulin contra el comunismo, contra la Revolución de Octubre, contra la revolución proletaria en general. Porque Dumoulin pertenece al campo de los enemigos especialmente peligrosos y desleales de la revolución proletaria. Lo ha demostrado en los hechos de la forma más repugnante. Anduvo rondando largo tiempo el ala izquierda, solamente para unirse en el momento decisivo a Jouhaux, al más corrupto y servil agente del capital. La tarea del revolucionario honesto consiste, sobre todo en Francia donde son tan frecuentes las traiciones impunes, en recordar a los obreros las experiencias del pasado, en templar a los jóvenes en la intransigencia, en relatar incansablemente la historia de la traición de la Segunda Internacional y del sindicalismo francés, en desenmascarar el papel vergonzoso desempeñado no sólo por Jouhaux y Cía, sino sobre todo por los sindicalistas de «izquierda» como Merrheim y Dumoulin. Quien no lleve a cabo esta tarea elemental hacia la nueva generación se priva para siempre de la confianza de los revolucionarios. ¿Se puede tener una pizca de estima por los desdentados anarquistas franceses que levantan nuevamente como «antimilitarista» al viejo bufón de Sébastien Faure, que traficaba con frases pacifistas en tiempos de paz para luego arrojarse en brazos de Matvi^[31] que es lo mismo que decir de la *Bourse* francesa^[32], en cuanto empezó la guerra?

Monatte ha cruzado el Rubicon. De aliado incierto pasó primero a ser un adversario dudoso, para convertirse luego directamente en enemigo. Debemos decírselo claramente a los obreros, sin escatimar esfuerzos.

Para la gente común (y también para algunos bribones que se hacen los tontos) nuestro juicio puede aparecer «injusto». ¡Monatte se une a Dumoulin *solamente* para restablecer la unidad del movimiento «sindical»! ¡Sólo por eso! Ustedes saben que los sindicatos no son un partido ni una «secta». Deben abarcar a toda la clase obrera a todas sus tendencias. Por lo tanto se puede trabajar en el campo sindical junto a Dumoulin sin responsabilizarse por eso de su pasado o de su futuro. Este tipo de reflexiones conforman una cadena de sofismas baratos con la que les gusta jugar a los sindicalistas y socialistas franceses cuando tratan de tapar algún trabajito sucio.

Es obvio que si en Francia existieran sindicatos unificados, los revolucionarios no hubieran abandonado la organización por culpa de la presencia de traidores, conversos y agentes autorizados del imperialismo. Los revolucionarios no hubieran tomado la iniciativa de la ruptura. Pero al permanecer en esos sindicatos o al unirse a ellos hubieran dirigido sus esfuerzos a *desenmascarar a los traidores ante las masas*, para desacreditarlos mediante la experiencia práctica de esas masas, para aislarlos, para liquidar la confianza de que gozan. Y finalmente, para ayudar a las masas a dejarlos de lado. Esto es lo único que puede justificar el que los revolucionarios participen en los sindicatos reformistas.

Pero Monatte no trabaja junto a Dumoulin dentro de los sindicatos, como muchas veces tuvieron que hacer los bolcheviques con los mencheviques mientras sostenían una batalla sistemática contra ellos. *Monatte se ha unido a Dumoulin como aliado* con una plataforma común, creando una fracción política, o una «secta», para expresarlo en el lenguaje del sindicalismo francés, para emprender luego una cruzada política por la conquista del movimiento sindical. No lucha contra los traidores en el campo sindical, se ha asociado a Dumoulin y lo cobija bajo sus alas, presentándose ante las masas como su tutor. Monatte dice a los obreros que se puede ir de la mano de Dumoulin contra los comunistas, contra la Internacional Sindical Roja, contra la Revolución de Octubre y por lo tanto contra la revolución proletaria en general. Ésta es la verdad desnuda de la que tenemos que hablar muy claramente a los obreros.

Cuando una vez definimos a Monatte como un *centrista que se inclina a la derecha*, Chambelland^[33] intentó transformar esta definición científica totalmente correcta en una broma de mal gusto e incluso de devolvernos la designación de centristas, como si cabeceara una pelota. ¡Ojo que a veces la cabeza se resiente! Sí, Monatte era centrista. Y en su centrismo estaban contenidos todos los elementos de su manifiesto oportunismo actual.

A propósito de la ejecución de los revolucionarios indochinos en la primavera de este año^[34], Monatte desarrolló, indirectamente, el siguiente plan de acción:

«No entiendo por qué, en estas circunstancias, los partidos y organizaciones que disponen de los medios necesarios no envían diputados y corresponsales a investigar sobre el terreno. ¿No podrían seleccionar una comisión investigadora de entre la docena de diputados comunistas y el centenar de diputados socialistas que se encargue de una campaña capaz de hacer retroceder a los colonialistas y de salvar a los condenados?» (*Révolution Proletarienne*, n° 104).

Con imperiosos reproches de monitor escolar, Monatte aconsejaba a comunistas y socialdemócratas sobre la manera de luchar contra los «colonialistas». Para él socialpatriotas y comunistas eran, hace seis meses, miembros *de un mismo bando* que sólo necesitaban seguir los consejos de Monatte para llevar a cabo una política correcta. Ni siquiera se planteaba la duda de cómo podrían luchar los socialpatriotas contra los «colonialistas» cuando ellos son partidarios y ejecutores de la política colonial. ¿Acaso pueden gobernarse las colonias, o sea naciones, tribus, razas, sin fusilar a los rebeldes, a los revolucionarios que tratan de liberarse del infame yugo colonial? Zyromski^[35] y sus secuaces no se oponen a presentar cada vez que se les da la ocasión un proyecto de protesta de salón contra la «bestialidad» colonial. Pero esto no les impide pertenecer al partido social-colonialista que embarcó al proletariado francés en una línea chovinista durante la guerra, uno de cuyos fines era preservar y extender las colonias en provecho de la burguesía francesa. Monatte se olvidó de esto. Razonó como si después no hubiera habido grandes hechos revolucionarios en muchos países de Oriente y Occidente, como si las diferentes tendencias no se hubieran puesto a prueba en la acción y clarificado con la experiencia. Hace seis meses, Monatte quería empezar de nuevo. Y en este lapso, otra vez la historia le jugó una mala pasada. MacDonald^[36], el correligionario de los sindicalistas franceses, a quien Louzon dio recientemente algunos consejos incomparables, no envió a la India comisiones investigadoras de liberación sino tropas armadas, y luchó a brazo partido con los hindúes más repulsivamente que lo que lo haría un Curzon^[37] cualquiera. Y todos los canallas del sindicalismo británico aprobaron su labor de carnicero. ¿Es esto casual?

En vez de alejarse, bajo la influencia de esta nueva lección, de una «neutralidad» e «*independencia*» hipócritas, Monatte dio, por el contrario, otro paso más, y esta vez el decisivo, hacia los brazos de los Mac Donald y los Thomases^[38] franceses. No tenemos nada más que discutir con Monatte.

El bloque de los sindicalistas «independientes» con los agentes declarados de la burguesía tiene una gran significación sintomática. A los ojos de los filisteos, parece como si los representantes de cada bando hubieran dado un paso hacia el otro en nombre de la unidad, del cese de la lucha fratricida y de otras frases rosadas. No hay nada más desagradable, más falso, que esta fraseología. En realidad el significado del bloque es muy otro.

En los diversos círculos de la burocracia obrera y también, en parte, en los propios círculos obreros, Monatte representa a aquellos elementos que quisieron aproximarse a la revolución pero que perdieron sus esperanzas en ella debido a la experiencia de los últimos diez o doce años. ¿No ven que evoluciona hacia rumbos tan complicados y confusos que lleva a conflictos internos, a nuevas divisiones, y que cada paso adelante

implica medio paso atrás, y a veces uno entero? Los años de estabilización burguesa, de reflujos de la marea revolucionaria, habían acumulado desánimo, fatiga y tendencias oportunistas en un sector de la clase obrera. Estos sentimientos maduraron recién ahora en el grupo de Monatte y lo llevaron a pasarse definitivamente de bando. Por el camino se encontró con Louis Sellier^[39], que tenía sus propias razones, cubiertas de honores municipales, para volverle la espalda a la revolución. Monatte y Sellier partieron juntos. Y les salió al encuentro nada menos que Dumoulin. O sea que cuando Monatte giró de izquierda a derecha, Dumoulin juzgó oportuno hacerlo de derecha a izquierda. ¿Cómo se explica esto? Es que Monatte, como empirista que es (y los centristas siempre son empiristas, si no no serían centristas), reflejaba los efectos que le había causado el periodo de estabilización en un momento en que este periodo *empezaba a convertirse en otro, mucho menos tranquilo y mucho menos estable*.

La crisis mundial ha tomado proporciones gigantescas y por el momento se sigue acentuando. Nadie puede predecir dónde irá a parar ni qué consecuencias políticas traerá. La situación en Alemania está terriblemente tensa. Las elecciones produjeron graves disturbios, no sólo en las relaciones internas sino también en las internacionales, mostrando nuevamente sobre qué clase de cimientos descansa el edificio de Versalles^[40]. La crisis económica ha traspasado las fronteras de Francia, y ahora vemos allí, después de un largo interludio, los comienzos de la desocupación. Durante los años de relativa prosperidad, los obreros franceses sufrieron la política de la burocracia de la Confederación. Durante los años de crisis, puede ser que le recuerden sus traiciones y sus crímenes. Jouhaux no puede menos que sentirse incómodo. Necesita imprescindiblemente un ala izquierda, tal vez más imprescindiblemente que Blum. ¿A qué propósito sirve Dumoulin? No debe creerse que todo está ordenado como las notas de un piano y que fue preparado en una conversación. No hace falta. Toda esta gente se conoce bien. Saben de lo que son capaces y especialmente conocen los límites a los que cada cual puede llegar hacia la izquierda sin perjuicio para ellos o sus patrones. (El que la burocracia confederal mantenga una actitud crítica y expectante hacia Dumoulin, a veces incluso con un matiz de hostilidad, no invalida en lo más mínimo lo antedicho. Los reformistas deben tomar sus medidas de precaución y mantener el ojo puesto sobre Dumoulin, no sea que se deje llevar por los trabajos que le encomendaron y se pase de los límites previstos).

Dumoulin toma su lugar en la formación como ala izquierda de Jouhaux en el mismo momento en que Monatte, que ha ido virando constantemente hacia la derecha, decide cruzar el Rubicon. Dumoulin debe recuperar al menos un poco su reputación, con la ayuda de Monatte y a sus expensas. Jouhaux no puede poner objeciones, cuando su propio Dumoulin hace compromisos con Monatte. Así todo está en orden: Monatte rompe con el campo de la izquierda en el preciso momento en que la burocracia confederal necesita cubrir su flanco izquierdo, que estaba desprotegido.

No entramos a analizar los virajes personales de Monatte, que fue en un tiempo nuestro amigo, y menos todavía de Dumoulin, a quien hace tiempo catalogamos como un enemigo irreconciliable. Lo que nos interesa es la importancia *sintomática* de estos reagrupamientos personales, que reflejan procesos mucho más profundos en las propias masas obreras.

Es indudable que ahora se aproxima la radicalización que los alarmistas proclamaban hace dos años. La crisis económica ha llegado a Francia, si bien con cierta demora. No es imposible que se desarrolle más suavemente que en Alemania. Solamente la experiencia lo dirá. Pero es indudable que el estado de pasividad estable en que se mantuvo la clase obrera francesa en los años de la supuesta «radicalización» dejará paso en poco tiempo a una creciente actividad y a un espíritu de militancia. Los revolucionarios deben apuntar a ese nuevo periodo.

En los umbrales de un nuevo periodo, Monatte reúne a los que están cansados, desilusionados, exhaustos, y los hace pasarse al bando de Johaux. ¡Peor para Monatte y mejor para la revolución!

El periodo que tenemos por delante no es de crecimiento de la falsa neutralidad de los sindicatos sino de reafirmación de las posiciones comunistas en el movimiento obrero. La Oposición de Izquierda enfrenta grandes tareas. Si le esperan éxitos seguros, ¿qué debe hacer para lograrlos? Nada más que *ser fiel a sí misma*. Pero sobre esto hablaremos la próxima vez.

Prinkipo, 15 de diciembre de 1930

VI. LOS ERRORES DE LOS SECTORES DE DERECHAS DE LA LIGA COMUNISTA SOBRE LA CUESTIÓN SINDICAL

1. Si la estructura teórica de la economía política marxista descansa enteramente sobre la concepción del *valor* como trabajo materializado, la política revolucionaria marxista descansa enteramente sobre la concepción del *partido* como vanguardia del proletariado.

Cualesquiera que sean los orígenes sociales y las causas políticas de los errores y desviaciones oportunistas, siempre se reducen ideológicamente a una comprensión errónea de lo que es el partido revolucionario y de su relación con otras organizaciones proletarias y con el conjunto de la clase.

2. La concepción del partido como vanguardia proletaria presupone su independencia total e incondicional de toda otra organización. Los diferentes acuerdos (bloques, coaliciones, compromisos) que se realicen con otras organizaciones, inevitables en el curso de la lucha de clases, solamente son admisibles con la condición de que el partido se dirija siempre a la clase obrera, marche bajo su propia bandera, actúe solamente en nombre de él mismo y explique claramente a las masas los fines y los límites que tiene ese acuerdo determinado.

3. En el fondo de todas las oscilaciones y los errores de la dirección de la Comintern se encuentra una comprensión errónea de la naturaleza del partido y de sus tareas. La teoría estalinista de un partido «de dos clases» contradice el abecé del marxismo. El hecho de que la Internacional Comunista oficial haya tolerado esta teoría durante varios años y que hasta ahora no la haya condenado con la necesaria firmeza es el signo más inconfundible de la falsedad de su doctrina oficial

4. El crimen fundamental de la burocracia centrista de la URSS es su posición falsa respecto al partido. La fracción estalinista pretende incluir administrativamente en las filas del partido a toda la clase obrera. El partido deja de ser la vanguardia, o sea la selección voluntaria de los obreros más avanzados, más conscientes, más devotos y más activos. El partido se funde con la clase tal cual es y pierde su poder de resistencia ante los aparatos burocráticos. Por otra parte los brandleristas y demás parásitos de la burocracia centrista justifican el régimen partidario estalinista mediante una referencia filisteo a la «falta de cultura» del proletariado ruso, identificando por lo tanto partido y clase, o sea liquidando al partido en teoría, del mismo modo que Stalin lo liquida en la práctica.

5. La base de la política desastrosa de la Comintern en China fue renunciar a la independencia del partido. En cierto periodo eran inevitables los acuerdos prácticos con el Kuomintang^[41]. La entrada del Partido Comunista en el Kuomintang fue un error fatal. El desarrollo de este error se transformó en uno de los mayores crímenes de la historia. El Partido Comunista Chino se creó solamente para transferir su autoridad al Kuomintang. De vanguardia del proletariado, se lo transformó en cola de la burguesía.

6. La desastrosa experiencia del Comité Anglo-Ruso se debe enteramente a que se pisoteó la independencia del Partido Comunista Británico. Para que los sindicatos soviéticos pudieran mantener el bloque con los rompehuelgas del Consejo General (¡supuestamente por intereses de Estado de la URSS!), debía privárselo de toda independencia. Para lograrlo, se disolvió prácticamente el partido en el llamado Movimiento de la Minoría, oposición de izquierda en el seno de los sindicatos.

7. Desgraciadamente la experiencia del Comité Anglo-Ruso fue la que menos se entendió, incluso en los grupos de la Oposición de Izquierda. Hasta para algunos de nuestras filas, la exigencia de una ruptura con los rompehuelgas parecía sectaria.

Especialmente en Monatte, fue en la cuestión del Comité Anglo-Ruso donde más claramente se manifestó el pecado original que lo arrojó en brazos de Dumoulin. Esto

tiene una importancia enorme: si no se comprende claramente lo que pasó en Inglaterra en 1925-1926, ni el comunismo de conjunto ni la Oposición de Izquierda podrán abrirse paso hacia una perspectiva más amplia.

8. Stalin, Bujarin, Zinoviev (que en este asunto eran solidarios, al menos al principio) intentaron reemplazar al débil Partido Comunista británico por una «corriente más amplia», que no estuviera encabezada por miembros del partido sino por «amigos», casi comunistas, en todo caso buenos compañeros y conocidos.

Por supuesto que los buenos compañeros, los «dirigentes de peso», no querían someterse a la dirección de un Partido Comunista débil, pequeño. Estaban en todo su derecho. El partido no puede obligar a nadie a acatarlo. Los acuerdos entre los comunistas y los «izquierdistas» (Purcell, Hicks, Cook^[42]) sobre la base de tareas parciales del movimiento sindical, eran bastante posibles, y en ciertos casos esenciales. Pero con una condición: que el Partido mantuviera su total independencia, incluso dentro de los sindicatos; actuara en su propio nombre en las cuestiones de principio; criticara a sus aliados «izquierdistas» siempre que fuera necesario, y ganara, paso a paso, la confianza de las masas.

Pero este camino, que era el único posible, les parecía muy largo e incierto a los burócratas de la Internacional Comunista. Consideraban que por medio de su influencia personal sobre Purcell, Hicks, Cook y demás (charlas de trastienda, correspondencia, banquetes, palmaditas amistosas, exhortaciones amables), podrían llevar a la oposición izquierdista («la corriente amplia») lenta e imperceptiblemente a la cama de la Internacional Comunista. Para garantizar el éxito con mayor seguridad no se debía fastidiar, exasperar o molestar a los queridos amigos con chicanas, críticas inoportunas, intransigencias sectarias y demás. Pero como una de las tareas del Partido Comunista es precisamente la de alarmar y quitar el sueño a los centristas y semicentristas, tenía que tomarse una medida radical, subordinando el Partido Comunista al Movimiento de la Minoría. En el campo sindical aparecían solamente los líderes de este movimiento. El Partido Comunista británico había dejado prácticamente de existir para las masas.

9. ¿Qué exigió la Oposición de Izquierda rusa al respecto? En primer lugar que se restableciera la total independencia del Partido Comunista británico respecto a los sindicatos. Afirmamos que solamente mediante la influencia de las consignas independientes del partido y de su crítica abierta, el Movimiento de la Minoría podría tomar forma, precisar mejor sus tareas, cambiar de dirección y fortificarse en los sindicatos, al mismo tiempo que se consolidaba la posición del comunismo.

¿Qué contestaron Stalin, Bujarin, Losovski y Cía^[43] a nuestras críticas? «Vosotros queréis llevar al Partido Comunista británico por la senda del sectarismo. Queréis empujar a Purcell, Hicks y Cook al campo enemigo. Queréis romper con el Movimiento de la Minoría».

¿Qué replicó la Oposición de Izquierda? «Si Purcell y Hicks rompen con nosotros, no porque exijamos que se transformen inmediatamente en comunistas (¡nadie pretende tal cosa!) sino porque nosotros queremos seguir siendo comunistas, eso significa que Purcell y Cía. no son amigos sino enemigos disfrazados. Cuanto más rápido revelen su verdadera naturaleza, mejor para las masas. No queremos para nada romper con el Movimiento de la Minoría. Al contrario, queremos prestarle la máxima atención. El más pequeño paso adelante que se dé con las masas o con parte de las masas vale más que una docena de programas abstractos de círculos de intelectuales, pero el prestarles atención a las masas no tiene nada que ver con la capitulación ante sus líderes o semilíderes temporales. Las masas necesitan una orientación y consignas correctas. Esto excluye toda conciliación teórica y toda protección a confusionistas que exploten el retraso de las masas».

10. ¿Cuáles fueron los resultados del experimento británico de Stalin? El Movimiento

de la Minoría, que reunía a casi un millón de obreros, parecía prometedor, pero llevaba en sí mismo el germen de su propia destrucción. Las masas conocían como líderes del movimiento solamente a Purcell, Hicks y Cook, a quienes, además, avalaba Moscú. Estos amigos «izquierdistas» traicionaron, a la primera prueba seria, al proletariado. Los obreros revolucionarios quedaron confundidos, sumidos en la apatía, y naturalmente extendieron su desilusión al propio Partido Comunista, que no había sido más que una pieza pasiva de todo ese mecanismo de traición y perfidia. El Movimiento de la Minoría quedó reducido a la nada, y el Partido Comunista regresó a su existencia de secta deleznable. Así, gracias a una concepción radicalmente falsa del partido, el mayor movimiento del proletariado inglés, que había llevado a la huelga general, no sólo no conmovió al aparato de la burocracia reaccionaria sino que, por el contrario, lo reforzó y comprometió por largo tiempo el futuro del comunismo en Gran Bretaña.

11. Uno de los orígenes psicológicos del oportunismo es una especie de impaciencia superficial, una falta de confianza en el crecimiento gradual de la influencia del partido, el deseo de ganar a las masas mediante maniobras organizativas o mediante la diplomacia personal. De ahí surge la política de las combinaciones de trastienda, la política del silencio, del encubrimiento, de los renuncios, del adaptarse a consignas ajenas, y finalmente el pasarse totalmente a las posiciones del oportunismo. La subordinación del Partido Comunista al Kuomintang en China, la creación de partidos obreros y campesinos en la India, la subordinación del partido británico al Movimiento de la Minoría, etcétera, son todos fenómenos en que vemos la misma combinación burocrática de métodos que comienza con una impaciencia revolucionaria superficial y termina en una traición oportunista^[44].

Es precisamente por esto que en los últimos años insistimos constantemente en la enorme importancia educativa que tienen los ejemplos antes citados de la estrategia de la Comintern. Se los debería estudiar y compararlos con cada nueva experiencia, no sólo para condenar los errores y crímenes históricos cuando ya se consumaron sino para aprender a detectar errores similares en una situación nueva desde el comienzo, mientras todavía es posible corregirlos.

12. Hay que decirlo claramente: los errores de algunos opositores franceses, miembros de la liga, en la cuestión sindical muestran signos alarmantes de semejanza con el lamentable experimento británico. Solamente que los errores franceses son de menor escala, y no se desarrollaron sobre la base de un movimiento de masas. Eso permite que ciertos camaradas los pasen por alto o subestimen su importancia principista. Sin embargo, si la Liga deja que en el futuro su trabajo sindical se lleve a cabo así, con los métodos formulados por la mayoría de su antigua dirección, las ideas y las banderas de la Oposición de Izquierda quedarán comprometidas en Francia por mucho tiempo.

Hubiera sido criminal cerrar los ojos ante esto. No habiendo tenido éxito en el intento de rectificar estos errores en su etapa inicial por medio de advertencias y consejos privados, sólo nos queda denunciar los errores y a sus autores públicamente, para poder rectificar la política por medio del esfuerzo colectivo.

13. En efecto, a partir de abril de 1930 la Liga abandonó el trabajo independiente en los sindicatos en provecho de la Oposición Unitaria, que, a su vez, intenta tener su propia plataforma, dirección y política. Dentro de estas limitaciones tenemos una notoria analogía con el experimento del Movimiento de la Minoría en Inglaterra. Pero es importante destacar que hay ciertas características de las condiciones francesas que hacen, ya desde un comienzo, más peligroso este experimento. En Inglaterra el Movimiento de la Minoría estaba de conjunto *más a la izquierda* que la dirección oficial de los sindicatos.

¿Puede decirse lo mismo de la Oposición Unitaria? No. En sus filas hay elementos que tienden obviamente a la Oposición de Derecha, o sea al reformismo. Todavía no

tenemos claro cuál es su peso relativo.

La fuerza principal de la Oposición Unitaria es la Federación Docente. En Francia los docentes jugaron siempre un papel importante en el socialismo, en el sindicalismo y en el comunismo. Entre ellos encontraremos seguramente muchos amigos. Pero sin embargo no se trata de una federación obrera. Debido a su composición social, la Federación Docente puede proveer muy buenos agitadores, periodistas y revolucionarios en el plano individual, pero no puede convertirse en la base de un movimiento sindical. Todos sus documentos revelan escasa claridad de pensamiento político. El Congreso de Marsella de la Federación demostró que sus miembros oscilan en un triángulo entre la línea oficial, la Oposición de Izquierda y la Oposición de Derecha. Le prestaríamos un flaco servicio a la Federación, y también al conjunto del movimiento obrero, si ocultáramos sus errores, sus vacilaciones, su falta de precisión. Desgraciadamente ésta era la política de la redacción de *La Vérité*^[45] (una política de silencio) hasta hace pocos días. Y no es casual.

14. Pero ¿es que quieren romper la Oposición Unitaria? El que plantee esta cuestión así está diciendo que los comunistas *como comunistas* no pueden participar del trabajo de la Oposición Unitaria. Si éste fuera el caso, significaría simplemente que se trata de una organización de enemigos encubiertos del comunismo. Por suerte no es así. La OU, de conjunto, no es ni comunista ni anticomunista, porque es *heterogénea*. En nuestra actividad práctica debemos tener en cuenta esta heterogeneidad. Debemos prestarles la máxima atención a los grupos que evolucionan hacia el marxismo. Pero con una condición: que cuando aparezcamos ante los obreros en los sindicatos actuemos en nombre de la Liga Comunista sin admitir ninguna censura de nuestros actos que no sea la de la propia Liga (o la de todo el partido cuando se restablezca la unidad de las filas comunistas).

15. En las filas de la Oposición Unitaria hay sin duda elementos que simpatizan con la Oposición de Izquierda sin ser miembros de la Liga: debe reunirlos bajo nuestras banderas. Hay elementos indefinidos, que tratan con todas sus fuerzas de permanecer así, transformando esto en una «plataforma». Con estos elementos podemos hacer arreglos tácticos sobre bases definidas, manteniendo una total libertad de crítica mutua. También hay, indudablemente, elementos ajenos, que se encuentran allí accidentalmente o que entraron como agentes de reclutamiento del reformismo. Pueden usar nuestra falta de claridad para lograr la descomposición de la OU. Cuanto más rápido se los descubra y se los elimine mejor será para la causa.

16. ¿Pero no estamos a favor de colaborar con todos los obreros en los sindicatos, sin tener en cuenta sus posiciones políticas y filosóficas? Claro que sí, pero la OU no es una organización sindical: es una fracción política que tiene por objeto trabajar sobre el movimiento sindical. Dejemos para Monatte y sus amigos los popistas^[46] el actuar disfrazados. Los revolucionarios actuamos abiertamente ante los obreros. En la OU podemos trabajar solamente con los que marchan a nuestro lado, en la misma dirección, aun cuando no sigan hasta el fin de la ruta.

17. Ciertos camaradas insisten sobre todo en que los comunistas deben pelear por su influencia en los sindicatos con ideas y no por medios mecánicos. Generalmente se convierte este planteamiento, que puede parecer irrefutable, en un lugar común carente de significado. La burocracia centrista también declara con frecuencia, y con bastante sinceridad, que su tarea es influir con ideas y no ejercer una presión mecánica. En un análisis de fondo, la cuestión se reduce a la orientación política y económica, a las consignas y al programa de acción. Si la orientación es correcta, si las consignas corresponden a las necesidades del momento, las masas de los sindicatos no se sienten «forzadas». En cambio si la orientación es errónea, si se proclama una política de ascenso revolucionario en un momento de reflujo político y viceversa, es inevitable que las masas lo tomen como una presión mecánica que se está ejerciendo sobre

ellas. Por lo tanto la cuestión se reduce a si las premisas teóricas de la Oposición de Izquierda son lo suficientemente serias y profundas, si sus cuadros están preparados para evaluar correctamente la situación y para plantear las consignas que corresponden. Todo esto se debe comprobar en la práctica. Es inadmisibile entonces que silenciamos o subestimemos los pecados y errores de nuestros aliados temporales así como los nuestros.

18. Por increíble que parezca, ciertos aliados de la Liga protestan contra la intención de uno u otro de subordinar la OU a la Liga.

Se basan, sin darse cuenta, en el mismo argumento lamentable que usa Monatte contra todo el comunismo. Significa en la práctica que algunos camaradas que trabajan en los sindicatos quieren *para sí mismos* una total independencia de la Liga. Creen que mediante sus maniobras, sus consejos y su habilidad personal lograrán resultados que no puede obtener la Liga mediante su trabajo colectivo. Otros camaradas, que querrían tener la misma independencia en la prensa, aplauden estas tendencias. Se plantea entonces la siguiente duda: ¿por qué entraron estos camaradas en la Liga si no le tienen confianza?

19. ¿Cómo se plantean realmente las cosas respecto a la «subordinación» de la Oposición Unitaria? La pregunta misma es falsa. Sólo sus propios miembros están subordinados a la Liga. Siendo que la mayoría de la Oposición Unitaria no está en la Liga, se trata de una cuestión de compromisos, de persuasión o de frente común, y no de subordinación por cierto. En realidad los que se oponen a la supuesta subordinación de la Oposición Unitaria a la Liga están exigiendo en los hechos una subordinación de la Liga a la OU. Precisamente ésa es la situación hasta ahora. En su trabajo sindical, o sea en el más importante, la Liga está subordinada a la Oposición Unitaria, en provecho de la cual ha renunciado a toda independencia. Los marxistas no pueden ni deben tolerar una política semejante. Ni un día más.

20. Algunos camaradas de la dirección, que hasta ayer llevaron a cabo una política de capitulación, declaran hoy estar «totalmente de acuerdo» con la necesidad de transformar la OU en un bloque. En realidad quieren limitarse a un cambio de nombre. Cuanto más rápido «acuerdan» con la crítica marxista, más se empeñan en realidad en una lucha por mantener todo como estaba. Simplemente quieren utilizar la fraseología de la crítica marxista para disimular la vieja política. Estos métodos no son nuevos, pero la antigüedad no los hace más atractivos. El veneno de la duplicidad y la falsedad corrompería por largo tiempo, si no para siempre, a una organización revolucionaria si ésta se permitiera ocultar una política oportunista tras una máscara de fraseología revolucionaria. Esperamos firmemente que la Liga no lo permita.

Prinkipo, 4 de enero de 1931

VII. LA CUESTIÓN DE LA UNIDAD SINDICAL

La cuestión de las organizaciones obreras no tiene una solución simple, adecuada para todas las formas organizativas y para todas las situaciones.

Respecto al partido, la cuestión se resuelve más categóricamente. Su independencia total es la condición elemental para la acción revolucionaria. Pero este principio tampoco da de antemano una respuesta prefabricada para todos los casos: ¿Cuándo y bajo qué condiciones debe producirse una ruptura o, por el contrario, una unificación con una corriente cercana? Estas cuestiones se resuelven en cada caso sobre la base de un análisis concreto de las tendencias y de las condiciones políticas. El criterio principal por el que guiarse sigue siendo siempre la necesidad de que la vanguardia del proletariado organizado, el partido, preserve su total independencia y autonomía sobre la base de un claro programa de acción.

Pero precisamente esa solución del asunto en lo que hace al partido generalmente admite y, lo que es más, hace indispensable adoptar una actitud muy diferente respecto al problema de la unidad de otras organizaciones de masas de la clase obrera: sindicatos, cooperativas, soviets.

Cada una de estas organizaciones tiene sus propias tareas y métodos de trabajo, que son independientes dentro de ciertos límites. Para el Partido Comunista todas estas organizaciones son, sobre todo, un campo propicio para la educación revolucionaria de amplios sectores obreros y para el reclutamiento de los obreros más avanzados. Cuanto más amplias masas abarca una organización determinada, mayores son las posibilidades que ofrece a la vanguardia revolucionaria. Es por esto que, por regla general, no es el ala comunista sino la reformista la que toma la iniciativa de dividir las organizaciones de masas.

Basta con comparar la conducta de los bolcheviques en 1917 con la de los sindicatos ingleses en los últimos años. Los bolcheviques no sólo permanecieron en los mismos sindicatos con los mencheviques, sino que en algunos toleraron una dirección menchevique aun después de la Revolución de Octubre, aunque los bolcheviques tenían una mayoría aplastante en los soviets. En cambio los sindicatos británicos, por iniciativa de los laboristas, no sólo alejan a los comunistas del Partido Laborista sino que también, cuando les es posible, de los sindicatos.

En Francia la división de los sindicatos también fue fruto de la iniciativa de los reformistas, y no es casual que la organización sindical revolucionaria, obligada a actuar en forma independiente, adoptara el nombre de *unitaria*⁴⁷¹.

¿Entonces exigimos que los comunistas abandonen ahora las filas de la CGT? En absoluto. Al contrario, hay que fortalecer el ala revolucionaria dentro de la confederación de Jouhaux (CGT). Con esto demostramos que para nosotros la división de la organización sindical no es en ningún caso una cuestión de principios. Todas las objeciones ultraizquierdistas previas que se pueden formular contra la unidad sindical se aplican en primer lugar a la participación de los comunistas en la CGT. Sin embargo, todo revolucionario que no haya perdido contacto con la realidad debe reconocer que la creación de fracciones comunistas en los sindicatos reformistas es una tarea de tremenda importancia. Una de las tareas de esas fracciones debe ser la defensa de la CGTU ante los miembros de los sindicatos reformistas. Esto no se puede lograr más que mostrando que los comunistas no quieren que se dividan los sindicatos sino que, por el contrario, están dispuestos en todo momento a restablecer la unidad sindical.

Si se creyera por un instante que el deber de contraponer una política revolucionaria a la de los reformistas impone a los comunistas la división de los sindicatos, no habría que limitarse solamente a Francia: se debería exigir que los comunistas rompieran, sin tener en cuenta la relación de fuerzas, con los sindicatos reformistas y formaran sus propios sindicatos en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, etcétera. En ciertos países los partidos comunistas han adoptado concretamente esta línea. Hay

casos específicos en los que los reformistas no dejan realmente otra posibilidad. En otros los comunistas cometen evidentemente un error al responder a las provocaciones de los reformistas. Pero hasta ahora nunca y en ningún lado los comunistas provocaron una división por no admitir de antemano el trabajo junto a los reformistas en las organizaciones de las masas proletarias.

Sin detenernos en las cooperativas, experiencias que no agregan nada a lo antedicho, tomaremos como ejemplo a los soviets. Estos surgen en los momentos más revolucionarios, cuando los problemas se plantean con la máxima agudeza. ¿Puede alguien imaginarse, siquiera por un momento, la creación de soviets comunistas como contrapeso de los soviets socialdemócratas? Sería liquidar la idea misma de soviets. A comienzos de 1917 los bolcheviques eran una minoría insignificante dentro de los soviets. Durante meses (y en una etapa en que los meses valían por años, si no por décadas) toleraron una mayoría conciliacionista en los soviets, incluso cuando ya representaban una abrumadora mayoría en los comités de fábrica. Finalmente, aun después de la conquista del poder, toleraron a los mencheviques dentro de los soviets mientras éstos representaban a un sector de la clase obrera. En el momento en que los mencheviques se habían comprometido y aislado totalmente, transformándose en una camarilla, los soviets los expulsaron.

En España la consigna de soviets puede estar prácticamente a la orden del día en un futuro cercano. La creación misma de esos soviets (Juntas), suponiendo que haya una iniciativa enérgica y fuerte de los comunistas, no puede concebirse sino mediante un acuerdo técnico-organizativo con los sindicatos y con los socialistas sobre el método y los intervalos para la elección de los representantes obreros. Plantear en esas condiciones que es inadmisibile trabajar con los reformistas en las organizaciones de masas sería una de las formas más desastrosas de sectarismo.

¿Cómo puede conciliarse entonces una actitud así de nuestra parte hacia las organizaciones proletarias dirigidas por los reformistas con nuestra caracterización del reformismo como ala izquierda de la burguesía imperialista? Ésta no es una contradicción formal sino dialéctica, o sea que surge de la propia dinámica de la lucha de clases. Una parte considerable de la clase obrera (en muchos países la mayoría) rechaza nuestra caracterización del reformismo. En otros ni siquiera se ha planteado la cuestión. El problema consiste precisamente en llevar a las masas a conclusiones revolucionarias sobre la base de nuestras experiencias comunes con ellas.

Decimos a los obreros no comunistas o anticomunistas: «Hoy todavía confiáis en los dirigentes reformistas a los que nosotros consideramos traidores. No podemos ni queremos imponeros nuestro punto de vista por la fuerza. Queremos convencerlos. Intentemos entonces luchar juntos y examinemos los métodos y los resultados de esas luchas». Esto quiere decir: total libertad para formar grupos dentro de los sindicatos unificados en que la disciplina sindical existe para todos.

No puede proponerse ninguna otra posición de principios.

* * *

Actualmente el Comité Ejecutivo de la Liga Comunista (primera Oposición de Izquierda de Francia) está poniendo correctamente en primer lugar la cuestión del frente único. Es la única forma de impedir que los reformistas, y sobre todo sus agentes del ala izquierda, los monattistas, contrapongan la consigna formal de unidad a las tareas prácticas de la lucha de clases. Vassart^[48], como contrapeso a la estéril línea oficial, ha planteado la idea de frente único con las organizaciones sindicales locales. Es correcta la forma de plantear la cuestión, en el sentido de que en casos de huelgas locales lo primero que hay que hacer es trabajar con los sindicatos locales y con las federaciones correspondientes. También es cierto que los estratos más bajos del aparato reformista son más sensibles a la presión de los obreros. Pero sería erróneo hacer cualquier tipo de diferencia de principios entre los acuerdos con los oportunistas locales y los que se

puedan hacer con sus jefes. Depende de las condiciones que se den, de la fuerza de la presión que ejerzan las masas y del carácter de las tareas que están a la orden del día. Queda claro que para luchar en cada caso específico no vamos a poner como condición indispensable y previa el acuerdo con los reformistas, local o centralizado. No nos guiamos por los reformistas sino por las circunstancias objetivas y por el estado de ánimo de las masas. Lo mismo se aplica al carácter de las reivindicaciones que se plantean. Sería fatal comprometernos de antemano a aceptar el frente único con las condiciones de los reformistas, o sea sobre la base de reivindicaciones mínimas. Las masas obreras no saldrán a la lucha por reivindicaciones que les parezcan fantásticas. Pero, por otra parte, si se limitan de antemano las exigencias, los obreros pueden decirse: «No vale la pena».

La tarea no consiste en proponerles formalmente siempre el frente único a los reformistas, sino en imponerles en cada caso las condiciones que correspondan lo mejor posible a la situación. Esto requiere una estrategia activa y flexible. En todo caso, no hay duda de que sólo precisamente de este modo podrá la CGTU mitigar las consecuencias de la división de las masas en dos organizaciones sindicales, hacer recaer la responsabilidad de la división sobre quienes corresponde y plantear sus posiciones de lucha.

La particularidad de la situación francesa reside en el hecho de que durante muchos años existieron dos centrales obreras separadas. Ante el reflujo del movimiento en los últimos años, la gente se acostumbró a la división. Muchas veces hasta quedó olvidada. Sin embargo puede preverse que la reanimación en las filas de la clase reactualizará inevitablemente la consigna de unidad de las organizaciones sindicales. Si se considera que más del noventa por ciento del proletariado francés está fuera de los sindicatos se hace evidente que al acentuarse la reanimación crecerá la presión de los no organizados. La consigna de unidad no es más que una de las primeras consecuencias de esa presión. Si se tiene una política correcta esta presión actuará en favor del Partido Comunista y de la CGTU.

Dado que una política activa de frente único es el método de principio para el próximo período de la estrategia sindical de los comunistas franceses, sería un error garrafal contraponerla a la de unidad de las organizaciones sindicales.

Es indudable que la unidad de la clase obrera sólo puede realizarse sobre bases revolucionarias. La política de frente único es uno de los medios para liberar a los obreros de la influencia reformista e incluso, en última instancia, de avanzar hacia la genuina unidad de la clase obrera. Debemos explicar constantemente esta verdad marxista a los obreros de vanguardia. Pero una perspectiva histórica, por correcta que sea, no puede reemplazar la experiencia viva de las masas. El partido es la vanguardia pero en su accionar, especialmente en su accionar sindical, debe ser capaz de volcarse sobre la retaguardia.

Concretamente debe demostrarles a los obreros —una, dos, diez veces si es necesario— que está dispuesto en todo momento a ayudarlos a reconstruir la unidad de las organizaciones sindicales. Y en este aspecto somos fieles a los principios esenciales de la estrategia marxista: la combinación de la lucha por reformas con la lucha por la revolución.

¿Cuál es ahora la actitud de las dos Confederaciones hacia la unidad? Al conjunto de los obreros puede parecerles idéntica. En realidad el sector burocrático de ambas organizaciones ha declarado que la unificación sólo puede concebirse «desde abajo» y sobre la base de los principios de cada una de ellas.

Amparándose en la consigna de unidad por abajo, que tomó prestada de la CGTU, la confederación reformista explota la poca memoria de la clase obrera y la ignorancia de la joven generación que no conoce el accionar divisionista de Jouhaux, Dumoulin y Cia. Al mismo tiempo los monattistas ayudan a Jouhaux al reemplazar la actividad

combativa del movimiento obrero por la consigna aislada de unidad sindical. Como honestos integrantes palaciegos, dirigen todos sus esfuerzos contra la CGTU para sacarle el mayor número posible de sindicatos, nuclearios a su alrededor y entrar entonces en negociaciones con los reformistas en pie de igualdad.

Por lo que puedo juzgar desde aquí, en base al material que tengo, Vassart se ha pronunciado en favor de que los propios comunistas planteen la consigna de un congreso unificador de ambas confederaciones sindicales. Su propuesta fue rechazada categóricamente. En cuanto al autor, lo acusaron de pasarse a las posiciones de Monatte. No puedo pronunciarme sobre esta discusión por falta de datos, pero considero que los comunistas franceses no tienen ningún motivo para abandonar la consigna de congreso de fusión. Todo lo contrario.

Los monattistas dicen: «Ambos son rupturistas, a cual peor. Somos los únicos que estamos por la unidad. Obreros, seguidnos». Los reformistas replican: «Nosotros estamos por la unidad por abajo». Es decir que «nosotros» permitiremos a los obreros que vuelvan a entrar a nuestra organización. ¿Qué debe decir a esto la Confederación revolucionaria? «No por nada nos llamamos Confederación *unitaria*. Estamos prontos a llevar a cabo hoy mismo la unificación de las organizaciones sindicales. Pero para lograrlo los obreros no necesitan de intrigantes palaciegos que no tienen el respaldo de ninguna organización sindical y que se alimentan de divisiones como gusanos en una herida infectada. Proponemos que se prepare y se especifique el plazo de realización de un congreso de fusión sobre la base de la democracia sindical».

Esta forma de plantear la cuestión les quitará inmediatamente su base de sustentación a los monattistas, que son un grupo político totalmente estéril pero que puede sembrar gran confusión en las filas del proletariado. ¿No nos costará muy cara esta liquidación del grupo de los palaciegos? Podría objetarse que en caso de que los reformistas aceptaran un congreso de unificación los comunistas podrían quedar en minoría y la CGTU tendría que ceder paso a la CGT.

Semejante planteamiento sólo puede resultar convincente para un burócrata sindical de izquierda que lucha por su «independencia» perdiendo de vista las tareas y las perspectivas del conjunto del movimiento obrero. La unidad de las dos organizaciones sindicales, aun cuando el ala revolucionaria permaneciera en minoría por un tiempo, pronto demostraría ser favorable al comunismo. La unificación de las confederaciones acarrearía un gran flujo de miembros nuevos. Con esto la influencia de la crisis se reflejaría más profunda y decisivamente en los sindicatos. Aprovechando esta nueva oleada el ala izquierda podría comenzar una batalla decisiva para conquistar la confederación unitaria. Solamente los sectarios o los funcionarios pueden preferir una mayoría segura en una confederación sindical pequeña y aislada en vez de un trabajo de oposición en una organización amplia y realmente masiva; nunca los revolucionarios proletarios.

Para un marxista que piensa es bastante evidente que una de las razones que contribuyeron a los monstruosos errores de la dirección de la CGTU provienen de la situación planteada. Gente como Mon mousséau, Semard y otros, sin preparación teórica ni experiencia revolucionaria, se autoproclamaron inmediatamente «dueños» de una organización independiente y tuvieron por lo tanto la posibilidad de experimentar con ella bajo las órdenes de Losovski, Manuilski y Cía^[49]. Es indudable que si los reformistas no hubieran provocado en determinado momento la ruptura de la Confederación, Monmousséau y Cía. habrían tenido que contar con masas más amplias. Éste solo hecho hubiera disciplinado su aventurerismo burocrático. Por eso las ventajas de la unidad hubieran sido inmensamente mayores que las desventajas. Si el ala revolucionaria permaneciera uno o dos años en minoría dentro de una confederación unificada que reuniera cerca de un millón de obreros, esos dos años serían indudablemente mucho más fructíferos para la educación no sólo de los

sindicalistas comunistas sino de todo el partido que cinco años de zigzags «independientes» en una CGTU cada vez más débil.

Son los reformistas y no nosotros los que pueden temer la unidad sindical. Si aceptan un congreso unificado (no en las palabras sino en los hechos) estarán dadas las condiciones para sacar al movimiento sindical francés de su callejón sin salida. Precisamente por esto los reformistas no lo consentirán.

Las condiciones de la crisis están creando grandes dificultades a los reformistas, principalmente en el campo sindical. Por eso les es tan imprescindible cubrirse el flanco izquierdo, y los intrigantes palaciegos de la unidad se les ofrecen como escudo.

Ahora una de las tareas más importantes e indispensables es desenmascarar el trabajo divisionista de los reformistas y el parasitismo de los monattistas. La consigna de congreso de unificación contribuye en mucho a su solución. Cuando los monattistas hablan de unidad usan esta consigna contra los comunistas. Si la propia CGTU propone una vía para la unidad, asestará un golpe mortal a los monattistas y debilitará a los reformistas. ¿Está claro?

Es cierto que sabemos de antemano que, debido a la resistencia de los reformistas, la consigna de unidad no deparará ahora los resultados que se obtendrían en caso de una verdadera unidad de las organizaciones sindicales. Pero se logrará indudablemente un resultado más limitado, siempre que los comunistas sigan una política correcta. Las grandes masas obreras verán quién está realmente por la unidad y quién está en contra, y se convencerán de que no son necesarios los servicios de los palaciegos. No hay duda de que los monattistas terminarán reducidos a la nada, la CGTU fortalecida y la CGT debilitada y más inestable.

Planteadas así las cosas, ¿no equivale esto a una maniobra más que a lograr una unidad efectiva? Esta objeción no nos asusta. Así es como los reformistas caracterizan especialmente nuestra política de frente único: como ellos no quieren dar la batalla declaran que nuestro objetivo es hacer maniobras.

Hacer de antemano diferencias entre la política de frente único y la de fusión de las organizaciones sindicales sería totalmente erróneo. Mientras los comunistas mantengan la total independencia de su partido, de su fracción en los sindicatos, de toda su política, la fusión de las confederaciones no es más que una forma de la política de frente único. Una forma más amplia. Al rechazar nuestra propuesta, los reformistas la transforman en una «maniobra». Pero es una «maniobra» legítima e indispensable de nuestra parte: con maniobras así se educa a las masas obreras.

* * *

El Comité Ejecutivo de la Liga Comunista, repetimos, tiene toda la razón cuando repite insistentemente que la unidad de acción no puede darse hasta que no se logre la unificación de las organizaciones sindicales. Tal como se ha hecho hasta ahora, hay que desarrollar esta idea, explicarla y aplicarla en la práctica. Pero esto no exime del deber de plantear con toda energía, en el momento preciso, la cuestión de la fusión de las confederaciones (o de las simples federaciones).

El problema consiste en saber si la dirección comunista es capaz de efectuar ahora una maniobra tan enérgica. El futuro dirá. Pero si el Partido Comunista y la dirección de la CGTU se niegan hoy a seguir el consejo de la Liga (que es lo más probable) muy bien puede suceder que se vea obligado a seguirlo mañana. No es necesario agregar que no hacemos un fetiche de la unidad sindical. No posponemos nada que signifique lucha para cuando se logre la unidad. Para nosotros no es una panacea sino una lección sobre cosas importantes y decisivas que debe enseñarse a los obreros que la han olvidado o que no conocen el pasado.

Por supuesto, para participar en el congreso de unificación no plantearemos ninguna condición de principios.

Cuando los palaciegos de la unidad, a los que no avergüenza la fraseología barata,

dicen que la confederación unificada debe basarse sobre el principio de la lucha de clases, etcétera, es que están haciendo acrobacias verbales en provecho de los oportunistas. Como si se les pudiera pedir seriamente a Jouhaux y Cía. que emprendan, en nombre de la unidad con los comunistas, el camino de la lucha de clases que estos caballeros abandonaron deliberadamente en nombre de la unidad de la burguesía. Y estos mismos palaciegos, estos Monattes, Ziromskis y Dumoulin, ¿qué entienden por «lucha de clases»? No, nosotros estamos prontos a entrar en el terreno de la unidad sindical, pero no para «corregir» (con la ayuda de fórmulas de curanderos) a los mercenarios del capital, sino para arrancar a los obreros de la influencia de sus traidores. Las únicas condiciones que ponemos son simplemente garantías organizativas de la democracia sindical, en primer lugar la libertad de crítica para la minoría, siempre con la condición de que se someta a la disciplina sindical. No pedimos más, y por nuestra parte no prometemos nada más.

Supongamos que el partido Comunista, si bien no inmediatamente, sigue nuestro consejo. ¿Cómo actuaría su Comité Central? En primer lugar debería preparar cuidadosamente el plan de la campaña dentro del partido, para discutirlo en las fracciones sindicales en base a las condiciones locales, de modo que la consigna de unidad pueda lanzarse al mismo tiempo desde arriba y desde abajo. Justo después de una cuidadosa preparación y elaboración, y de haber eliminado todas las dudas y malentendidos dentro de sus propias filas, la dirección de la CGTU debería dirigirse a la de la confederación reformista con propuestas concretas: crear una comisión paritaria para la preparación, en un plazo por ejemplo de dos meses, del congreso de unificación sindical, al que todas las organizaciones sindicales del país deben tener acceso. Simultáneamente, las organizaciones locales de la CGTU se dirigen a las organizaciones locales de la CGT con la misma propuesta, formulada precisa y concretamente.

El Partido Comunista debería realizar una gran agitación en el país apoyando y explicando la iniciativa de la CGTU. Por un cierto tiempo debe concentrarse la atención de amplios sectores obreros, principalmente los de la CGT, en la sencilla idea de que los comunistas proponen lograr inmediatamente la unidad de las organizaciones sindicales. Cualquiera que sea la actitud de los reformistas, cualesquiera que sean las tretas a las que recurran, los comunistas saldrán beneficiados de esta campaña, aun si en este primer intento sus propuestas no llevan más que a una demostración de su actitud.

Durante este periodo, la lucha en nombre del frente único no cesa ni un minuto. Los comunistas continúan atacando a los reformistas en las provincias y en la metrópolis, basándose en la creciente actividad de los obreros renovando sus ofertas de acciones combativas sobre la base de la política de frente único, desenmascarando a los reformistas, fortaleciendo sus propias filas, etcétera. Y bien puede suceder que en seis meses, o en uno o dos años, los comunistas se vean obligados a repetir su propuesta de fusión de las confederaciones sindicales, y a poner a los reformistas en una posición más difícil que la primera vez.

La verdadera política bolchevique debe tener precisamente este carácter de tomar la ofensiva y ser al mismo tiempo flexible y firme. Es la única forma de preservar al movimiento del desgaste, de librarlo de formaciones parásitas y de acelerar la evolución de la clase obrera hacia la revolución.

La lección propuesta anteriormente no tiene sentido ni puede prosperar si la iniciativa no parte de la CGTU y del Partido Comunista. La tarea de la Liga no consiste naturalmente en lanzar independientemente la consigna de congreso de unificación, enfrentándose tanto a la CGTU como a la CGT. La tarea de la Liga es empujar al Partido Comunista oficial y a la CGTU hacia una política, estimularlas a llevar a cabo en el momento propicio (y en el futuro habrá muchos) una ofensiva para la fusión de las

organizaciones sindicales.

Para poder cumplir sus tareas hacia el partido Comunista, la Liga debe (y éste es su primer deber) alinear sus propias filas en el campo del movimiento sindical. Es una tarea que no puede posponerse. Debe ser cumplida y lo será.

25 de marzo de 1931.

VIII. LOS SINDICATOS EN GRAN BRETAÑA

(...) En Gran Bretaña, al igual que en la mayoría de los viejos países capitalistas, la cuestión sindical sigue siendo la más importante de la política proletaria. Los errores de la Comintern en este terreno son innumerables. No es de extrañar: la incapacidad de un partido para establecer relaciones correctas con la clase se manifiesta con máxima gravedad en el área del movimiento sindical. Por esto creo necesario tratar esta cuestión.

Los sindicatos se formaron en el período de surgimiento y auge del capitalismo. Tenían por objeto mejorar la situación material y cultural del proletariado y la extensión de sus derechos políticos. Este trabajo, que en Inglaterra duró más de un siglo, dio a los sindicatos una autoridad tremenda sobre los obreros. La decadencia del capitalismo británico, dentro del marco de la declinación del sistema capitalista mundial, minó las bases del trabajo reformista de los sindicatos. El capitalismo sólo se puede mantener rebajando el nivel de vida de la clase obrera. En estas condiciones los sindicatos pueden o bien transformarse en organizaciones revolucionarias o bien convertirse en auxiliares del capital en la creciente explotación de los obreros.

La burocracia sindical, que resolvió satisfactoriamente su propio problema social, tomó el segundo camino. Volcó toda la autoridad acumulada por los sindicatos en contra de la revolución socialista e incluso en contra de cualquier intento de los obreros de resistir los ataques del capital y de la reacción.

A partir de ese momento, la tarea más importante del partido revolucionario pasó a ser la liberación de los obreros de la influencia reaccionaria de la burocracia sindical. La Comintern reveló una falta total de adecuación en este campo decisivo. En 1926-1927, especialmente en el período de la huelga minera y de la Huelga General, o sea en el momento de los grandes crímenes y traiciones del Consejo General de los sindicatos, la Comintern adulaba servilmente a los cabecillas de los rompehuelgas, los encubría con su autoridad a los ojos de las masas y los ayudó a mantener su sitio. El Movimiento de la Minoría sufrió así un golpe mortal. La burocracia de la Comintern, asustada de su propia obra, se fue al otro extremo: al ultraizquierdismo. Los excesos fatales del «tercer período^[50]» se debieron al deseo de la pequeña minoría comunista de actuar como si estuviera respaldada por una mayoría. Aislándose cada vez más de la clase obrera, el Partido Comunista enfrentó a los sindicatos, que abarcaban millones de obreros, con sus propias organizaciones, muy respetuosas de la dirección de la Comintern pero abismalmente separadas de la clase obrera. A la burocracia sindical no se les podía hacer un favor mayor. Si hubiera estado en su poder el otorgar la Orden de la Jarretera, ésta habría adornado el pecho de todos los dirigentes de la Comintern y de la Profintern^[51].

Los sindicatos, como ya hemos dicho, cumplen ahora un rol reaccionario y no progresivo. Pero sin embargo reúnen millones de obreros. No debemos pensar que los obreros son ciegos y no ven el cambio producido en el papel histórico de los sindicatos. ¿Pero qué se puede hacer? Ante los ojos del ala izquierdista de los obreros, la vía revolucionaria está seriamente comprometida por los zigzags y aventuras del comunismo oficial. Los obreros se dicen: los sindicatos son malos, pero sin ellos estaríamos peor. Es la psicología del que se encuentra en un callejón sin salida. Mientras tanto, la burocracia sindical persigue con más fuerza aún a los obreros revolucionarios, reemplazando con el mayor descaro la democracia interna por la acción arbitraria de una camarilla, transformando a los sindicatos en una especie de campo de concentración de los obreros durante la decadencia del capitalismo.

Frente a esta situación, surge inmediatamente una idea: ¿No es posible superar a los sindicatos? ¿No es posible reemplazarlos por alguna organización nueva, incorrupta, algo así como sindicatos revolucionarios, comités por empresa o soviets? El error fundamental de este tipo de intentos reside en que reducen a experimentos

organizativos el gran problema político de cómo liberar a las masas de la influencia de la burocracia sindical. No basta con ofrecer a las masas otro lugar adonde dirigirse. Hay que ir a buscarlas donde están y guiarlas.

Los izquierdistas impacientes dicen a veces que es absolutamente imposible ganar los sindicatos porque la burocracia usa el régimen interno de las organizaciones para preservar sus propios intereses, recurriendo a las maquinaciones más burdas, a la represión, al juego sucio, al estilo de la oligarquía parlamentaria de la era de los «municipios podridos». ¿Entonces por qué gastar tiempo y energías? Este argumento se reduce en realidad a lo siguiente: abandonemos la lucha concreta por ganar a las masas, usando como pretexto el carácter corrupto de la burocracia sindical. Este argumento puede seguirse desarrollando: ¿por qué no abandonar el trabajo revolucionario también, en vista de la represión y la provocación de la burocracia estatal? Aquí no hay diferencias de principios, ya que la burocracia sindical se ha convertido definitivamente en parte del aparato político, económico y gubernamental del capitalismo. Es absurdo pensar que sería posible trabajar contra la burocracia sindical con su propia ayuda, o siquiera con su consentimiento. Ya que se defiende mediante persecuciones, violencias, expulsiones, recurriendo frecuentemente a la ayuda de las autoridades gubernamentales, debemos aprender a trabajar *discretamente* en los sindicatos, encontrando un lenguaje común con las masas pero sin descubrirnos prematuramente ante la burocracia. Precisamente en la época actual, en que la burocracia reformista del proletariado se ha transformado en guardiana económica del capital, la acción revolucionaria en los sindicatos, realizada inteligente y sistemáticamente, puede llegar a resultados decisivos en un plazo relativamente corto. Con esto no queremos decir que el partido revolucionario tenga alguna garantía de que ganará completamente a los sindicatos para la revolución socialista. El problema no es tan simple. El aparato sindical se ha independizado mucho de las masas. La burocracia es capaz de retener sus posiciones hasta mucho tiempo después de que las masas se hayan volcado en su contra. Pero es precisamente esa situación, en que las masas ya son hostiles a la burocracia pero ésta todavía es capaz de tergiversar la opinión de la organización y sabotear nuevas elecciones, la más propicia para la creación de comités de fábrica, consejos obreros y otras organizaciones para las necesidades inmediatas del momento. Incluso en Rusia, donde los sindicatos no tenían ni por asomo la poderosa tradición de los británicos, la Revolución de Octubre tuvo lugar cuando los mencheviques predominaban en la administración de los sindicatos. Aunque habían perdido a las masas, estas administraciones aún podían sabotear las elecciones en los aparatos, si bien ya eran incapaces de sabotear la revolución proletaria.

Es imprescindible preparar desde ya a los obreros avanzados para que se hagan a la idea de crear comités de fábrica y consejos obreros en el momento en que se dé un cambio brusco. Pero sería totalmente erróneo «jugar» en la práctica con la consigna de consejos fabriles, consolándose con esta «idea» por la falta de un verdadero trabajo y de una real influencia en los sindicatos. Contraponer a los sindicatos existentes la idea abstracta de consejos obreros sería tirarse en contra no sólo a la burocracia sino también a las masas, privándose así de la posibilidad de preparar el terreno para la creación de los consejos obreros.

La Comintern ha ganado no poca experiencia en esto con la creación de sindicatos obedientes, comunistas puros, enfrentó hostilmente a sus secciones con las masas obreras, condenándose a la impotencia total. Ésta es una de las causas más importantes del colapso del Partido Comunista Alemán. Claro que el Partido Comunista Británico, por lo que sé, se opone a la consigna de consejos obreros en las condiciones actuales. Superficialmente esto podría parecer una apreciación realista de la situación. En realidad lo que pasa es que rechaza *una forma* de aventurerismo político y adopta *otra*, más histérica. La teoría del socialfascismo^[52] y su práctica, y el rechazo de la

política de frente único crean obstáculos insuperables para el trabajo en los sindicatos, ya que éstos son, por naturaleza, un frente único de hecho de los partidos revolucionarios con los reformistas y las masas sin partido. En tanto el Partido Comunista británico se mostró incapaz, aún después de la tragedia alemana, de aprender nada y de rearmarse, una alianza con él puede llevar a la quiebra incluso al Partido Obrero Independiente ahora que ha entrado en un período de aprendizaje revolucionario.

No cabe duda de que los seudocomunistas mencionarán el último congreso de los sindicatos, que declaró que no puede haber un frente único con los comunistas contra el fascismo. Sería una locura aceptar esta muestra de sabiduría como veredicto final de la historia. Los burócratas sindicales pueden permitirse estas fórmulas jactanciosas solamente porque no están amenazados inmediatamente por el fascismo o por el comunismo. Cuando la espada del fascismo se alce sobre las cabezas de los sindicatos, si media una política correcta del partido revolucionario, las masas sindicales mostrarán una urgencia irresistible por aliarse con el ala revolucionaria, y arrastrarán con ellas en tal dirección incluso a parte del aparato. Si por el contrario el comunismo se convirtiera en una fuerza decisiva, que amenazara al Consejo General con la pérdida de sus posiciones, honores y rentas, los señores Citrine^[53] y Cía. entrarían indudablemente en un bloque con Mosley^[54] y Cía. contra los comunistas. Así fue como en agosto de 1917 los mencheviques y los social-revolucionarios rusos rechazaron junto con los bolcheviques al general Kornilov. Dos meses más tarde, en octubre, luchaban hombro a hombro con los kornilovianos contra los bolcheviques. Y en los primeros meses de 1917, cuando todavía eran fuertes, los reformistas se llenaban la boca, igual que Citrine y Cía., con la imposibilidad de hacer alianza con una dictadura, fuera de derecha o de izquierda.

El partido obrero revolucionario debe estar sólidamente unido por una clara comprensión de sus tareas históricas. Esto presupone un programa con bases científicas. Al mismo tiempo debe saber establecer relaciones correctas con la clase. Esto presupone una política de realismo revolucionario, libre tanto de vaguedades oportunistas como de reservas sectarias. Teniendo en cuenta estos dos criterios íntimamente relacionados, el Partido Obrero Independiente debería revisar su relación con la Comintern, al igual que con otras organizaciones y tendencias de la clase obrera. En esto se juega sobre todo la suerte del propio Partido Obrero Independiente.

IX. CARTAS SOBRE LA SITUACION SINDICAL HOLANDESA

Al Comité Central del Partido Obrero Socialista Revolucionario, Amsterdam

[...] b) Sobre el problema sindical tampoco puedo compartir la política de nuestro partido hermano holandés. Los motivos los he planteado a menudo por escrito y en especial verbalmente. Se sigue llevando adelante la política de la NAS^[55] apoyándose en la ley de la inercia. No es que haya una motivación estratégica más profunda. En Holanda, tal como sucede ahora en Francia, la evolución tendrá que derivar hacia la senda revolucionaria o hacia la senda fascista. En ninguno de los dos casos veo que haya lugar para la NAS. Cuando comience en Holanda la gran oleada huelguística, lo que debe darse por muy probable si no por seguro, los sindicatos reformistas crecerán a pasos agigantados, sumando a sus filas elementos nuevos, y en una etapa así la NAS aparecerá ante las masas como una fracción incomprensible. Por lo tanto serán sordas a las consignas correctas del POSR y de la dirección de la NAS. Pero si los miembros del POSR^[56] y los mejores elementos de la NAS estuvieran dentro de los sindicatos reformistas podrían convertirse, con el alza inminente, en el eje de cristalización del ala izquierda, y más adelante en la fuerza decisiva del movimiento sindical. Debe decirlo claramente: la agitación sistemática y cuidadosamente preparada dentro de los sindicatos reformistas me parece que es el único medio no sólo de preservar al POSR como partido genuinamente independiente (ya que esto de por sí no tiene ningún valor histórico) sino también de llevarlo a la victoria, o sea al poder.

Si consideramos una alternativa mucho menos probable, es decir, que la evolución de Holanda, sin pasar por un alza revolucionaria, vaya directamente en el próximo período a la fase burocrático-militar y luego a la fascista, llegamos igualmente a la misma conclusión: la política de mantener a la NAS se convertirá en un obstáculo para el partido. El primer ataque de la reacción ya se ha dirigido a la NAS y les costó la mitad de sus miembros. El segundo les costará la vida. Los excelentes obreros que ésta agrupa tendrán que enfilarse hacia los sindicatos reformistas en forma dispersa, cada uno de por sí, o permanecerán pasivos e indiferentes. Los sindicatos no pueden llevar una existencia clandestina como el partido. Pero este golpe perjudicará terriblemente al partido, porque un partido revolucionario ilegal debe tener una cobertura legal y semilegal de masas. Si el grueso de los miembros del POSR trabaja en los sindicatos reformistas, estas organizaciones de masas le sirven al partido simultáneamente de escondite, de cobertura y de campo de trabajo. Así se preserva la coherencia de los obreros de la NAS. Otros aspectos estarán condicionados al curso de los acontecimientos y a la política del partido.

* * *

2 de diciembre de 1937

A Sneevliet^[57]

[...] Finalmente debe entender que nadie en nuestro movimiento internacional se siente inclinado a seguir tolerando la situación anormal de que el partido holandés se cubra con la bandera de la Cuarta Internacional mientras lleva adelante una política que está en flagrante contradicción con todos nuestros principios y decisiones.

La NAS se ha convertido definitivamente en una piedra colgada del cuello del partido, y los arrastrará hasta el fondo. Un partido que no participe de los sindicatos reales no es un partido revolucionario. La NAS existe sólo gracias a la tolerancia y al aporte financiero del gobierno burgués. Este aporte financiero depende de vuestra actitud política. Ésa es la verdadera razón por la que el partido, a pesar de nuestra insistencia, no ha elaborado una plataforma política. También es la razón por la que usted, como diputado parlamentario, nunca tuvo una intervención revolucionaria que pudiera servir como propaganda, tanto en Holanda como en el extranjero. Su actividad tiene un

carácter diplomático y no verdaderamente revolucionario. Está atado de pies y manos a la NAS. Y ésta no es un puente tendido hacia las masas sino una pared que lo separa de ellas.

Cuando criticamos las falsas políticas sindicales de otros países nos preguntan: «¿Y vuestra organización holandesa?...». ¿Cree usted que una organización revolucionaria sería capaz de tolerar indefinidamente semejante situación? Tenemos paciencia, pero no podemos sacrificar los intereses elementales de nuestro movimiento.

* * *

21 de enero de 1938

Al secretariado Internacional Copia a todas las secciones

[...] Todo lo que el Secretariado Internacional escribió sobre y contra Sneevliet era y sigue siendo absolutamente correcto. Precisamente por eso Sneevliet nunca se animó a responder con argumentos políticos, utilizando en cambio, según es su costumbre, un lenguaje abusivo absolutamente intolerable y para nada justificado. No se interesa en lo más mínimo por el marxismo, por la teoría, por una orientación general. Lo que le interesa es la NAS, una máquina burocrática barata, un puesto parlamentario. La bandera de la Cuarta Internacional la utiliza sobre todo para proteger su actuación oportunista en Holanda. Como la NAS depende totalmente del gobierno en lo financiero, Sneevliet ha evitado tener una política precisa, o sea una política marxista, para no provocar la ira del gobierno contra la NAS. El POSR no es, ni ha sido nunca, más que un apéndice político de la NAS, que carece de sentido propio y que en los últimos años bajó de 25 000 miembros a 12 000 y muy probablemente a muchos menos.

X. LOS SINDICATOS EN LA ERA DE TRANSICION

En la lucha por las reivindicaciones parciales y transicionales, los obreros necesitan más que nunca organizaciones de masas, fundamentalmente sindicatos. El poderoso auge del sindicalismo en Francia y en los Estados Unidos es la mejor refutación de la prédica de los doctrinarios ultraizquierdistas que decían que los sindicatos estaban «permitidos».

Los bolcheviques leninistas están en primera fila en todo tipo de lucha, incluso cuando se refiere a los más modestos intereses materiales o derechos democráticos de la clase obrera. Toman parte activamente en los sindicatos de masas con el objeto de fortalecerlos y de acrecentar su espíritu militante. Luchan implacablemente contra todo intento de someter los sindicatos al Estado burgués y de maniatar al proletariado con el «arbitraje obligatorio» y demás formas de intervención policial, no sólo las fascistas sino también las «democráticas».

Solamente en base a este trabajo se puede luchar con éxito en el seno de los sindicatos contra la burocracia reformista, incluida la estalinista. El intento sectario de crear o mantener pequeños sindicatos «revolucionarios» como una segunda edición del partido significa de hecho renunciar a la lucha por la dirección de la clase obrera. Hay que plantearse este principio inamovible: el autoaislamiento capitulador de los sindicatos de masas, que equivale a una traición a la revolución, es incompatible con la pertenencia a la Cuarta Internacional.

* * *

Al mismo tiempo, la Cuarta Internacional repudia y condena resueltamente todo fetichismo de los sindicatos, propio de tradeunionistas y de sindicalistas.

a) Los sindicatos, por sus objetivos, su composición y el carácter de su reclutamiento no tienen, ni pueden tenerlo, un programa revolucionario acabado. Por lo tanto no pueden sustituir al partido. La creación de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la Cuarta Internacional, es el objetivo central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no abarcan más del veinte al veinticinco por ciento de la clase obrera, y esto con predominio de sus capas más calificadas y mejor pagadas. La mayoría más oprimida de la clase obrera no es arrastrada a la lucha episódicamente, en los periodos de auge excepcional del movimiento obrero. En esos momentos es necesario crear organizaciones *ad hoc*, que abarquen toda la masa en lucha: los comités de huelga, los comités de fábrica y finalmente los soviets.

c) En tanto que organizaciones de las capas superiores del proletariado, los sindicatos, como lo atestigua toda la experiencia histórica, incluso la aún fresca de las organizaciones anarcosindicalistas de España, desarrollan poderosas tendencias a la conciliación con el régimen democrático burgués. En los periodos agudos de la lucha de clases, los aparatos dirigentes de los sindicatos se esfuerzan por convertirse en amos del movimiento de masas para domesticarlo. Esto se produce ya con ocasión de simples huelgas, sobre todo en las ocupaciones de fábrica, que sacuden los principios de la propiedad burguesa. En tiempos de guerra o de revolución, cuando la situación de la burguesía se hace particularmente difícil, los dirigentes sindicales se convierten generalmente en ministros burgueses.

Por lo tanto, las secciones de la Cuarta Internacional no sólo deben esforzarse constantemente por renovar el aparato de los sindicatos proponiendo atrevida y resueltamente en los momentos críticos nuevos líderes dispuestos a la lucha en lugar de los funcionarios rutinarios y trepadores. También deben crear, en todos los casos en que sea posible, organizaciones de combate autónomas que respondan mejor a los objetivos de la lucha de masas contra la sociedad burguesa, no retrocediendo, si fuera necesario, ni ante una ruptura directa con el aparato conservador de los sindicatos. Si bien sería criminal volverles la espalda a las organizaciones de masas para alimentar ficciones sectarias, no lo es menos el tolerar pasivamente la subordinación del

movimiento revolucionario de masas al control de camarillas burocráticas abiertamente reaccionarias o conservadoras («progresistas») enmascaradas. Los sindicatos no son un fin en sí mismos, son sólo medios a emplear en la marcha hacia la revolución proletaria.

Los comités de fábrica

El movimiento obrero de una época transicional no tiene un carácter regular y parejo; es apasionado, explosivo. Las consignas, lo mismo que las formas de organización, deben estar subordinadas a ese carácter del movimiento. Huyendo de la rutina como de la peste, la dirección debe ser sensible a las iniciativas de las masas.

Las *huelgas con ocupación de fábrica*, una de las manifestaciones más recientes de esta iniciativa, rebasan los límites de los procedimientos capitalistas «normales». Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las empresas asesta un duro golpe al fetiche de la propiedad capitalista. Toda huelga con ocupación plantea prácticamente el problema de saber quién es el dueño de la fábrica: si el capitalista o los obreros.

Si la ocupación promueve esta cuestión episódicamente, el *comité de fábrica* da a la misma una expresión organizativa. Elegido por los obreros y empleados de la empresa, el comité de fábrica se convierte inmediatamente en un contrapeso de las decisiones de la administración.

A la crítica reformista a los patronos del viejo estilo, a los «patronos por derecho divino» tipo Ford, frente a los «buenos» explotadores «democráticos», nosotros oponemos la consigna de comités de fábrica como eje de lucha contra unos y otros.

Los burócratas de los sindicatos se opondrán, por regla general, a la creación de comités, del mismo modo que se oponen a todo paso audaz en el camino de la movilización de las masas.

Pero su oposición será tanto más fácil de quebrar cuanto mayor sea la extensión del movimiento. Allí donde los obreros de la empresa están ya desde los períodos «tranquilos» totalmente comprendidos en los sindicatos, el comité coincidirá formalmente con el órgano del sindicato, pero renovará su composición y ampliará sus funciones. Sin embargo la significación principal de los comités reside en que se transformen en estados mayores para las grandes capas obreras que, por lo general, el sindicato no es capaz de llevar a la acción. Y es precisamente de esas capas más explotadas de donde surgirán los destacamentos más abnegados de la revolución.

A partir del momento de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una dualidad de poder. Por su esencia ésta tiene algo de transicional porque encierra en sí misma dos regímenes irreconciliables: el del capitalismo y el proletario. La importancia principal de los comités de fábrica consiste precisamente en abrir un período prerrevolucionario ya que no directamente revolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda por los comités de fábrica no es prematura ni artificial lo demuestran ampliamente las oleadas de ocupaciones que se han desencadenado en algunos países. En un futuro próximo son inevitables nuevas oleadas como ésta. Es preciso iniciar a tiempo una campaña en pro de los comités de fábrica para que los acontecimientos no nos tomen desprevenidos.

XI. ENTREVISTA CON UN ORGANIZADOR DE LA CIO^[58]

(En septiembre de 1938 Trotsky recibió en su casa de Méjico la visita de un funcionario de la CIO de los Estados Unidos. Se tomó nota taquigráfica de la discusión. Precedida de una corta editorial firmada por «Cruz», un seudónimo de Trotsky, «la parte de la discusión que podía ser de interés general» apareció en noviembre de 1938 en el *Boletín de la Oposición* en ruso. En la transcripción no se usaron nombres. El funcionario sindical norteamericano se identificaba simplemente como «A» y ««un activista extranjero de la Cuarta Internacional», en realidad Trotsky, como «B»).

* * *

A: La política de nuestro sindicato tiene como objetivo impedir el desempleo total. Logramos que el trabajo se reparta entre todos los miembros del sindicato sin reducción de la paga por hora.

B: ¿Y qué porcentaje de sus salarios anteriores reciben ahora sus obreros?

A: Alrededor del 40%.

B: ¡Pero eso es monstruoso! ¿Han logrado una escala móvil de horas de trabajo sin variación de la paga por hora? ¡Pero eso significa simplemente que el peso total del desempleo recae con toda su fuerza sobre los mismos obreros! Liberáis a los burgueses de la necesidad de gastar sus recursos en los desocupados haciendo que cada obrero sacrifique tres quintos de su salario total.

A: Hay algo de cierto en eso. ¿Pero qué se puede hacer?

B: ¡No es que haya «algo de cierto», es totalmente cierto! El capitalismo norteamericano sufre un mal crónico incurable. ¿Puede acaso consolar a los obreros con la esperanza de que la crisis actual tendrá un carácter transitorio y que en un futuro cercano se abrirá una nueva era de prosperidad?

A: Personalmente no me hago muchas ilusiones. En nuestros círculos muchos comprendemos que el capitalismo ha entrado en su época de declive.

B: Pero entonces esto significa que mañana vuestros obreros recibirán el treinta por ciento de sus salarios anteriores, luego el veinticinco y así sucesivamente. Puede que haya mejoras casuales, incluso es inevitable. Pero la curva general es descendente y de empobrecimiento. Marx y Engels ya lo previeron en *El Manifiesto Comunista* ¿Cuál es el programa general de su sindicato y de la CIO?

A: Desgraciadamente usted no conoce la psicología de los obreros norteamericanos. No están acostumbrados a pensar en el futuro. Sólo les interesa una cosa: lo que puede hacerse ahora, inmediatamente. Por supuesto que entre los dirigentes del movimiento sindical hay quienes tienen claramente en cuenta los peligros que nos amenazan. Pero ellos no pueden cambiar de golpe la psicología de las masas. Se ven limitados por los hábitos, las tradiciones y los puntos de vista de los obreros norteamericanos. No se puede cambiar todo eso en un día.

B: ¿Está seguro de que la historia les dará los años suficientes como para prepararse? La crisis del capitalismo norteamericano tiene ritmo y proporciones «norteamericanos». Un organismo vigoroso que no ha conocido nunca la enfermedad comienza a deteriorarse muy rápido en un momento determinado. La desintegración del capitalismo significa, el mismo tiempo, una amenaza directa e inmediata a la democracia, sin la que los sindicatos no pueden existir. ¿O usted cree, por ejemplo, que el mayor Hague^[59] es un accidente?

A: Oh, no, para nada. En el último tiempo tuve algunas reuniones al respecto con funcionarios sindicales. Mi opinión es que ya tenemos en cada Estado una organización reaccionaria pronta que, bajo una u otra bandera, puede convertirse en punto de apoyo del fascismo a escala nacional. No tenemos que esperar quince o veinte años. El fascismo puede cundir entre nosotros en tres o cuatro.

B: ¿En ese caso cuál es...?

A: ¿Nuestro programa? Entiendo su pregunta. Es una situación difícil. Hay que dar pasos trascendentales. Pero no veo que existan las fuerzas necesarias o los dirigentes necesarios.

B: ¿Esto significa una capitulación sin lucha?

A: Es una situación difícil. Debo admitir que la mayoría de los activistas sindicales no ven o no quieren ver el peligro. Nuestros sindicatos, como usted sabe, han tenido un crecimiento extraordinario en poco tiempo. Es natural en los jefes de la CIO tener una psicología de luna de miel. Tienden a considerar con ligereza las dificultades. El gobierno los tiene calados e incluso juega con ellos. No tienen el entrenamiento de una experiencia anterior. Es natural que estén un poco mareados. Este agradable vértigo no conduce al pensamiento crítico. Están disfrutando el presente sin pensar en el mañana.

B: ¡Bien planteado! En esto estoy totalmente de acuerdo con usted. Pero el éxito de la CIO es temporal. No es más que un síntoma del hecho concreto de que la clase obrera de los Estados Unidos ha comenzado a movilizarse, ha roto con su rutina, está a la caza de nuevas vías para escapar del abismo que la amenaza. Si vuestros sindicatos no las encuentran se irán a pique. Hague ya es más fuerte que Lewis, porque Hague, a pesar de las limitaciones de su situación, sabe perfectamente lo que quiere, y Lewis no. La cosa puede terminar con vuestros jefes recuperándose de su «agradable vértigo»... en un campo de concentración.

A: Desgraciadamente la historia pasada de los Estados Unidos, con sus oportunidades ilimitadas, su individualismo, no ha enseñado a nuestros obreros a pensar socialmente. Basta con decir que a lo sumo un 15% de los obreros sindicalizados vienen a las concentraciones. Es como para pensarlo.

B: ¿La razón del absentismo del 85% no será tal vez que los oradores no tienen nada que decirle a la base?

A: ¡Ajá! En parte es cierto. La situación económica es tal que nos vemos obligados a parar a los obreros, a poner un freno al movimiento, a retirarnos. Por supuesto que esto no es del agrado de los obreros.

B: Aquí está la clave del asunto. Los culpables no son las bases sino la dirección. En el período clásico del capitalismo, los sindicatos se encontraban también en situaciones difíciles durante las crisis, y se veían obligados a retirarse, perdían parte de sus miembros, gastaban sus fondos de reserva. Pero al menos existía la seguridad de que la próxima recuperación permitiría resarcir las pérdidas y tal vez superarlas. Hoy no existe la más mínima esperanza al respecto. Los sindicatos decaerán paso a paso. Vuestra organización, la CIO, puede venirse abajo tan rápido como surgió.

A: ¿Qué puede hacerse?

B: Sobre todo hay que decirles a las masas cómo son las cosas. Es inadmisibile que se juegue al escondite. No dudo que usted conoce mejor que yo a los obreros norteamericanos. Sin embargo permítame decirle que los está mirando con una óptica vieja. Las masas son inmensamente mejores, más atrevidas y resueltas que sus dirigentes. La misma velocidad del crecimiento de la CIO demuestra que el obrero norteamericano ha cambiado mucho con el impacto de los terribles pánicos económicos de la posguerra, especialmente los de la última década. Cuando se demostró un poco de iniciativa al crear sindicatos más combativos, los obreros respondieron inmediatamente con un apoyo extraordinario, sin precedentes. No tienen derecho a quejarse de las masas. ¿Y las ocupaciones de fábrica? No fueron los dirigentes los que las planificaron sino los mismos obreros.

¿No es un signo inequívoco de que los obreros norteamericanos están preparados para métodos de lucha más decisivos? El alcalde Hague es un producto directo de las ocupaciones. Desgraciadamente en las altas esferas de los sindicatos no hubo nadie

que se animara a extraer de la agudización de la lucha social conclusiones tan osadas como las de la reacción capitalista. Ésta es la clave de la situación. Los dirigentes del capital piensan y actúan muchísimo más firme, coherente y atrevidamente que los del proletariado, esos burócratas escépticos y rutinarios que están aplastando el ánimo de lucha de las masas. Ése es el origen del peligro de una victoria del fascismo, incluso a corto plazo. Los obreros no concurren a vuestras reuniones porque sienten instintivamente la insuficiencia, la vaciedad, la inconsistencia, la falsedad total de vuestro programa. Los dirigentes sindicales salen con perogrulladas mientras que todo obrero siente que la catástrofe se aproxima. Hay que encontrar el lenguaje que corresponde a las condiciones reales de la decadencia capitalista y no a las ilusiones burocráticas.

A: Ya dije que no veo dirigentes. Hay grupos, sectas, pero no veo ninguno que pueda unir a las masas obreras, si bien estoy de acuerdo en que las masas están prontas a la lucha.

B: No es un problema de dirigentes sino de programa. Un programa correcto no sólo estimula y consolida a las masas sino que también forma a las direcciones.

A: ¿Cuál considera usted que es un programa correcto?

B: Usted sabe que yo soy marxista, más exactamente bolchevique. Mi programa tiene un nombre muy corto y simple: *revolución socialista*. Pero no pretendo que los dirigentes del movimiento sindical adopten inmediatamente, el programa de la Cuarta Internacional. Lo que les pido es que extraigan conclusiones de su propio trabajo, de su propia situación. Que para ellos y para las masas contesten simplemente, estas dos preguntas: 1) ¿Cómo salvar a la CIO de la bancarrota y de la destrucción? 2) ¿Cómo salvar a los Estados Unidos del fascismo?

A: ¿Y usted qué haría en los Estados Unidos si fuera un organizador sindical?

B: En primer lugar, los sindicatos deben plantear correctamente el problema del desempleo y los salarios. La escala móvil de horas de trabajo, como la que tienen ustedes, es correcta: todos deben tener trabajo. Pero la escala móvil de horas de trabajo debe completarse con la escala móvil de salarios. La clase obrera no puede permitir una reducción continua de su nivel de vida, porque eso equivaldría a la destrucción de la cultura humana. Hay que tomar como punto de partida los promedios de paga semanal más altos del periodo previo a la crisis de 1929. Las poderosas fuerzas productivas creadas por los obreros no han desaparecido ni han sido destruidas. Allí están. Los que las controlan son los responsables del desempleo. Los obreros saben y quieren trabajar. Debe dividirse el trabajo entre todos los obreros. La paga semanal de cada obrero no debe ser menor que el máximo obtenido en el pasado. Ésa es la exigencia natural, necesaria e impostergable para los sindicatos. Si no serían barridos como trastos viejos por el desarrollo histórico.

A: ¿Es factible ese programa? Implica la ruina segura de los capitalistas. El mismo podría apresurar el crecimiento del fascismo.

B: Claro que este programa significa lucha y no postración. Los sindicatos tienen dos posibilidades. Una es maniobrar, retroceder, cerrar los ojos y capitular poco a poco para que no se «enojen» los patrones o no «provocar» a la reacción. Ése fue el método con el que los socialdemócratas y los dirigentes sindicales alemanes y austríacos trataron de salvarse del fascismo. Usted conoce el resultado: se cavaron su propia fosa. La otra es comprender el carácter inexorable de la actual crisis social y encabezar la ofensiva de las masas.

A: Pero todavía no me ha contestado la pregunta sobre el fascismo, o sea el peligro inmediato que los sindicatos hacen pender sobre sus propias cabezas al plantear demandas radicales.

B: No lo olvidé ni por un instante. El peligro fascista ya está planteado, aun sin que aparezcan las demandas radicales. Surge de la decadencia y desintegración del

capitalismo. Es cierto que la presión de un programa sindical radicalizado puede fortalecerlo temporalmente. Hay que proponer la creación de organismos especiales de defensa desde ahora ¡No hay otro camino! No se puede escapar al fascismo con la ayuda de leyes democráticas, resoluciones o proclamas, como no se puede escapar a una brigada de caballería con la ayuda de notas diplomáticas. Hay que enseñarles a los obreros a defender, armas en mano, su vida y su futuro de los matones y pistoleros del capital. El fascismo crece muy rápido en una atmósfera de impunidad. No cabe la menor duda de que los héroes fascistas se retirarán con el rabo entre las patas cuando se den cuenta de que por cada una de sus brigadas los obreros están prontos a lanzar dos, tres o cuatro de las suyas. La única forma de salvar las organizaciones obreras, e incluso de reducir al mínimo las pérdidas, es crear a tiempo poderosas organizaciones obreras de autodefensa. Ésta es la principal responsabilidad de los sindicatos si no quieren perecer ignominiosamente. ¡La clase obrera necesita una *milicia obrera*!

A: ¿Pero cuál es la perspectiva a largo plazo? ¿Adónde llevarán a los sindicatos las últimas consecuencias de estos métodos de lucha?

B: Evidentemente la escala móvil y la autodefensa no son suficientes. No son más que los primeros pasos, imprescindibles para salvar a los obreros de la muerte por inanición o a manos de los fascistas. Son medios de defensa urgentes y necesarios. Pero no pueden por sí mismos resolver el problema. La tarea básica consiste en sentar las bases para un sistema económico mejor, para una utilización más justa, racional y decente de las fuerzas productivas en bien de todo el pueblo.

Esto no puede lograrse por los métodos comunes, «normales», rutinarios, de los sindicatos. Usted no puede estar en contra de esto porque bajo las condiciones de la decadencia capitalista los sindicatos aislados resultan incapaces hasta de detener el deterioro de las condiciones de vida de los obreros. Se necesitan métodos más decisivos y profundos. La burguesía, que tiene el control de los medios de producción y el poder estatal, ha llevado la economía a un estado de confusión total y sin salida. Es necesario declarar incompetente a la burguesía y transferir la economía a manos nuevas y honestas, a manos de los propios obreros. ¿Cómo hacerlo? El primer paso está claro: todos los sindicatos deberían unirse y formar su propio *partido obrero*. No el partido de Roosevelt o La Guardia, no un partido «obrero» sólo de nombre, sino una organización política de la clase obrera realmente independiente. Sólo un partido así es capaz de reunir tras de sí a los granjeros arruinados, a los pequeños artesanos, a los tenderos. Pero para esto tendría que emprender una lucha implacable contra la banca, los trusts, los monopolios y sus agentes políticos, los partidos Republicano y Demócrata. La tarea del partido obrero consistiría en tomar el poder en sus propias manos, todo el poder, y luego poner en orden la economía. Esto significa: organizar toda la economía nacional de acuerdo a un único plan racional, cuyo objetivo no sea el beneficio de un puñado de explotadores sino los intereses materiales y espirituales de una población de ciento treinta millones.

A: Muchos de nuestros activistas comienzan a entender que la evolución política apunta a un partido obrero. Pero la popularidad de Roosevelt es todavía muy grande. Si acepta ir como candidato a presidente por tercera vez lo del partido obrero deberá posponerse por otros cuatro años.

B: He aquí precisamente la tragedia de que los Señores Dirigentes miren a los de arriba en vez de a los de abajo. La guerra inminente, la decadencia del capitalismo norteamericano, el aumento del desempleo y la pobreza, todos estos procesos básicos que determinan directamente el destino de docenas y cientos de millones de personas no dependen de la candidatura o la «popularidad» de Roosevelt. Le puedo asegurar que es más popular entre los funcionarios bien pagados de la CIO que entre los desocupados. Dicho sea de paso, los sindicatos son para los obreros y no para los funcionarios. Si la idea de la CIO entusiasmó a millones de obreros durante un cierto

periodo, la de un partido obrero independiente, militante, que ponga fin a la anarquía económica, al desempleo y a la miseria, que salve al pueblo y a su cultura, la idea de un partido así puede entusiasmar a decenas de millones. Por supuesto que los agitadores del partido obrero deberían demostrar inmediatamente a los obreros, con palabras y con hechos, que no son agentes electorales de Roosevelt, La Guardia y Cía. sino auténticos luchadores por los intereses de las masas explotadas. Cuando los oradores hablen el idioma de los dirigentes obreros y no el de los agentes de la Casa Blanca el 85% de los obreros vendrá a las reuniones, mientras que el 15% de los viejos conservadores, aristócratas obreros y trepadores se apartará. Las masas son mejores, más audaces, más resueltas que los dirigentes. Las masas quieren luchar. Los que las frenan son sus dirigentes que se han retrasado. Disimulan su propia indecisión, su propio conservadurismo, sus propios prejuicios burgueses mediante alusiones al atraso de las masas.

Éste es el verdadero estado actual de las cosas.

A: Bueno, hay mucho de cierto en lo que dijo.

B: La próxima vez hablaremos de eso.

XII. LOS SINDICATOS EN LA ERA DE LA DECADENCIA IMPERIALISTA

Hay una característica común, en el desarrollo, o para ser más exactos en la degeneración, de las modernas organizaciones sindicales de todo el mundo; su acercamiento y su vinculación cada vez más estrecha con el poder estatal. Este proceso es igualmente característico de los sindicatos neutrales, socialdemócratas, comunistas y «anarquistas». Éste solo hecho demuestra que la tendencia a «estrechar vínculos» no es propia de tal o cual doctrina sino que proviene de condiciones sociales comunes para todos los sindicatos.

El capitalismo monopolista no se basa en la competencia y en la libre iniciativa privada sino en una dirección centralizada. Las camarillas capitalistas que encabezan los poderosos trusts, monopolios, bancas, etcétera, encaran la vida económica desde la misma perspectiva que lo hace el poder estatal, y a cada paso requieren su colaboración. A su vez los sindicatos de las ramas más importantes de la industria se ven privados de la posibilidad de aprovechar la competencia entre las distintas empresas. Deben enfrentar un adversario capitalista centralizado, íntimamente ligado al poder estatal. De ahí la necesidad que tienen los sindicatos —mientras se mantengan en una posición reformista, o sea de adaptación a la propiedad privada— de adaptarse al Estado capitalista y de luchar por su cooperación. A los ojos de la burocracia sindical, la tarea principal es la de «liberar» al Estado de sus ataduras capitalistas, de debilitar su dependencia de los monopolios y volcarlos a su favor. Esta posición armoniza perfectamente con la posición social de la aristocracia y la burocracia obreras, que luchan por obtener unas migajas de las superganancias del imperialismo capitalista. Los burócratas hacen todo lo posible, en las palabras y en los hechos, por demostrarle al Estado «democrático» hasta qué punto son indispensables y dignos de confianza en tiempos de paz, y especialmente en tiempos de guerra. Al transformar a los sindicatos en organismos del Estado el fascismo no inventó nada nuevo: simplemente llevó hasta sus últimas consecuencias las tendencias inherentes al imperialismo.

Los países coloniales y semicoloniales no están bajo el dominio de un capitalismo nativo sino del imperialismo extranjero. Pero este hecho fortalece, en vez de debilitarla, la necesidad de lazos directos, diarios, prácticos entre los magnates del capitalismo y los gobiernos que, en esencia, dominan, los gobiernos de los países coloniales y semicoloniales. Como el capitalismo imperialista crea en las colonias y semicolonias un estrato de aristócratas y burócratas obreros, éstos necesitan el apoyo de gobiernos coloniales y semicoloniales, que jueguen el rol de protectores, de patrocinadores y a veces de árbitros. Ésta es la base social más importante del carácter bonapartista y semibonapartista^[60] de los gobiernos de las colonias y de los países atrasados en general. Ésta es también la base de la dependencia de los sindicatos reformistas respecto al Estado.

En México los sindicatos se han transformado por ley en instituciones semiestatales, y asumieron, como es lógico, un carácter semitotalitario. Según los legisladores, la estatización de los sindicatos se hizo en bien de los intereses de los obreros, para asegurarles cierta influencia en la vida económica y gubernamental. Pero mientras el imperialismo extranjero domine el Estado nacional y pueda, con la ayuda de fuerzas reaccionarias internas, derrocar a la inestable democracia y reemplazarla con una dictadura fascista desembozada, la legislación sindical puede convertirse fácilmente en una herramienta de la dictadura imperialista.

A primera vista, podría deducirse de lo antedicho que los sindicatos dejan de serlo en la era imperialista. Casi no dan cabida a la democracia obrera que, en los buenos tiempos en que reinaba el libre comercio, constituía la esencia de la vida interna de las

organizaciones obreras.

Al no existir la democracia obrera no hay posibilidad alguna de luchar libremente por influir sobre los miembros del sindicato. Con esto desaparece, para los revolucionarios, el campo principal de trabajo en los sindicatos. Sin embargo esta posición sería falsa hasta la médula. No podemos elegir a nuestro gusto y placer el campo de trabajo ni las condiciones en que desarrollaremos nuestra actividad. Luchar por lograr ascendente sobre las masas obreras dentro de un Estado totalitario o semitotalitario es infinitamente más difícil que en una democracia. Esto se aplica también a los sindicatos cuyo sino refleja el cambio producido en el destino de los Estados capitalistas. No podemos renunciar a la lucha por lograr influencia sobre los obreros alemanes meramente porque el régimen totalitario hace allí muy difícil esta tarea. Del mismo modo no podemos renunciar a la lucha dentro de las organizaciones obreras compulsivas creadas por el fascismo. Menos aún podemos renunciar al trabajo interno sistemático dentro de los sindicatos de tipo totalitario o semitotalitario solamente porque dependan directa o indirectamente del Estado corporativo o porque la burocracia no les dé a los revolucionarios la posibilidad de trabajar libremente en ellos. Hay que luchar bajo todas estas condiciones que creó la evolución anterior, en la que hay que incluir los errores de la clase obrera y los crímenes de sus dirigentes. En los países fascistas y semifascistas es imposible llevar a cabo un trabajo revolucionario que no sea clandestino, ilegal, conspirador. En los sindicatos totalitarios o semitotalitarios es imposible o casi imposible llevar a cabo un trabajo que no sea conspirador. Tenemos que adaptarnos a las condiciones existentes en cada país dado para movilizar a las masas, no sólo contra la burguesía sino también contra el régimen totalitario de los propios sindicatos y contra los dirigentes que sustentan ese régimen. La primera consigna de esta lucha es: *independencia total e incondicional de los sindicatos respecto del Estado capitalista*. Esto significa luchar por convertir los sindicatos en organismos de las grandes masas explotadas y no de la aristocracia obrera.

* * *

La segunda consigna es: *democracia sindical*. Esta segunda consigna se desprende directamente de la primera y presupone para su realización la independencia total de los sindicatos del Estado imperialista o colonial.

En otras palabras, los sindicatos actualmente no pueden ser simplemente los órganos democráticos que eran en la época del capitalismo libre y ya no pueden ser políticamente neutrales, o sea limitarse a servir a las necesidades cotidianas de la clase obrera. Ya no pueden ser anarquistas, es decir que ya no pueden ignorar la influencia decisiva del Estado en la vida del pueblo y de las clases. Ya no pueden ser reformistas, porque las condiciones objetivas no dan cabida a ninguna reforma seria y duradera. Los sindicatos de nuestro tiempo pueden servir como herramientas secundarias del capitalismo imperialista para la subordinación y adoctrinamiento de los obreros y para frenar la revolución, o bien convertirse, por el contrario, en las herramientas del movimiento revolucionario del proletariado.

* * *

La neutralidad de los sindicatos es, total e irreversiblemente, cosa del pasado. Ha desaparecido junto con la libre democracia burguesa.

* * *

De todo lo anterior se desprende claramente que, a pesar de la degeneración progresiva de los sindicatos y de sus vínculos cada vez más estrechos con el Estado imperialista, el trabajo en los sindicatos no ha perdido para nada su importancia, sino que la mantiene y en cierta medida hasta es aún más importante que nunca para todo partido revolucionario. Se trata esencialmente de luchar para ganar influencia entre la clase obrera. Toda organización, todo partido, toda fracción que se permita tener una posición ultimativista^[61] respecto a los sindicatos, lo que implica volverle la espalda a la

clase obrera sólo por no estar de acuerdo con su organización, está destinada a perecer. Y hay que señalar que merece perecer.

* * *

Como en los países atrasados el papel principal no lo juega el capitalismo nacional sino extranjero, la burguesía nacional ocupa, en cuanto a su ubicación social, una posición muy inferior a la que corresponde al desarrollo de la industria. Como el capital extranjero no importa obreros sino proletariza a la población nativa, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a jugar el rol más importante en la vida nacional. Bajo tales condiciones, en la medida en que el gobierno nacional intenta ofrecer alguna resistencia al capital extranjero, se ve obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. En cambio los gobiernos de países atrasados que consideran inevitable o más provechoso marchar mano a mano con el capital extranjero destruyen las organizaciones obreras e implantan un régimen más o menos totalitario. De modo que la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado corta de raíz toda posibilidad de un régimen democrático estable. El gobierno de los países atrasados, o sea coloniales o semicoloniales, asume en general un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren entre sí en que algunos tratan de orientarse hacia la democracia, buscando el apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una cerrada dictadura policíaco-militar. Esto determina también la suerte de los sindicatos: o están bajo el patrocinio especial del Estado o sujetos a una cruel persecución. Este tutelaje del Estado está determinado por dos grandes tareas que éste debe encarar: en primer lugar atraer a la clase obrera, para así ganar un punto de apoyo para la resistencia a las pretensiones excesivas por parte del imperialismo, y al mismo tiempo disciplinar a los mismos obreros poniéndolos bajo el control de una burocracia.

* * *

El capitalismo monopolista cada vez tiene menos interés en transigir con la independencia de los sindicatos. Exige que la burocracia reformista y la aristocracia obrera, que picotean las migajas que caen de su mesa, se transformen en su policía política a los ojos de la clase obrera. Cuando no se puede lograr esto, se reemplaza a la burocracia por el fascismo. Dicho sea de paso, todos los esfuerzos que haga la aristocracia obrera al servicio del imperialismo no podrán salvarla, a la larga, de la destrucción.

La intensificación de las contradicciones de clase dentro de cada país, de los antagonismos entre un país y otro, producen una situación en que el capitalismo imperialista puede tolerar (claro que por cierto lapso de tiempo) una burocracia reformista, siempre que ésta le sirva directamente como un pequeño pero activo accionista de sus empresas imperialistas, de sus planes y programas, tanto dentro del país como en el plano mundial. El social-reformismo debe convertirse en social-imperialismo para poder prolongar su existencia, pero para prolongarla y nada más. Ese camino no tiene, en general, una salida.

¿Significa esto que en la era del imperialismo la existencia de sindicatos independientes es, en general, imposible? Sería básicamente erróneo plantear así esta cuestión. Lo que es imposible es la existencia de sindicatos reformistas independientes o semi-independientes. Es muy posible la existencia de sindicatos revolucionarios que no sólo no sean agentes de la política imperialista, sino que se planteen como tarea directa el derrocamiento del capitalismo dominante. En la era de la decadencia imperialista los sindicatos solamente pueden ser independientes en la medida en que sean conscientes de ser, en la práctica, los organismos de la revolución proletaria. En este sentido, el programa de consignas de transición adoptado por el último congreso de la Cuarta Internacional no es sólo un programa para la actividad del partido, sino

que, en rasgos generales, es el programa para la actividad de los sindicatos

* * *

El desarrollo de los países atrasados se caracteriza por su carácter combinado. En otras palabras: la última palabra en tecnología, economía y política imperialistas se combina en esos países con el primitivismo y el atraso tradicionales. El cumplimiento de esta ley puede ser observado en las esferas más diversas del desarrollo de los países coloniales y semicoloniales, incluso en la del movimiento sindical. El capitalismo imperialista opera aquí de la manera más cínica y desnuda. Transporta a un terreno virgen los métodos más perfeccionados de su tiránica dominación.

* * *

En el último período se puede notar en el movimiento sindical de todo el mundo un giro a la derecha y la supresión de la democracia interna. En Inglaterra fue aplastado el Movimiento de la Minoría de los sindicatos (no sin ayuda de Moscú); los dirigentes sindicales son hoy, especialmente en el terreno de la política exterior, fieles agentes del Partido Conservador. En Francia no había cabida para la existencia independiente de sindicatos estalinistas; se unieron a los llamados anarcosindicalistas bajo la dirección de Jouhaux, y el resultado de esta unificación no fue un giro general a la izquierda sino a la derecha. La dirección de la CGT es el agente más directo y abierto del capitalismo imperialista francés.

En los Estados Unidos, el movimiento sindical ha pasado en los últimos años por su período más borrascoso. El surgimiento del CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) es una evidencia irrefutable de la existencia de tendencias revolucionarias en las masas obreras. Sin embargo, es significativo y muy importante señalar el hecho de que la nueva organización sindical «izquierdista» en cuanto se fundó cayó en el férreo abrazo del Estado imperialista. La lucha en las altas esferas entre la vieja y la nueva federación^[62] puede en gran medida reducirse a la lucha por la simpatía y el apoyo de Roosevelt y su gabinete.

Si bien en un sentido diferente, no es menos gráfico el cuadro del desarrollo o degeneración del movimiento sindical en España. En los sindicatos socialistas quedaron todos los elementos que en alguna medida representaban dentro de la dirección la independencia del movimiento sindical. En cuanto a los sindicatos anarcosindicalistas, se transformaron en instrumentos de los republicanos burgueses. Sus dirigentes se convirtieron en ministros burgueses conservadores. Que esta metamorfosis tuviera lugar en condiciones de guerra civil no atenúa su significación. La guerra no es más que una continuación de la política de todos los días. Acelera procesos, deja a la vista sus rasgos esenciales, destruye lo corrompido, lo falso, lo equívoco y deja al desnudo lo esencial. El giro a la izquierda de los sindicatos se debe a la agudización de las contradicciones de clase e internacionales. Los dirigentes del movimiento sindical sintieron o entendieron (o les hicieron entender) que no es el momento de jugar a la oposición. Todo movimiento de oposición dentro del movimiento sindical, especialmente en las altas esferas, amenaza con provocar una movilización borrascosa de las masas y crearle dificultades al imperialismo nacional. De ahí el giro a la derecha y la supresión de la democracia obrera en los sindicatos. El rasgo fundamental, el vuelco hacia un régimen totalitario, se da en el movimiento obrero de todo el mundo.

También deberíamos tener en cuenta a Holanda, donde no sólo el movimiento reformista y sindical eran los más seguros soportes del capitalismo imperialista, sino que también la llamada organización anarcosindicalista estaba en realidad bajo el control del gobierno imperialista. El secretario de esta organización, Sneevliet, a pesar de su simpatía platónica por la Cuarta Internacional, estaba muy preocupado como diputado del parlamento holandés porque la cólera del gobierno no cayera sobre su organización sindical.

* * *

En los Estados Unidos el Departamento de Trabajo, con su burocracia izquierdista, tenía como tarea la subordinación del movimiento sindical al Estado democrático, y es preciso decir que hasta ahora la ha llevado a cabo con bastante éxito.

* * *

La nacionalización de los ferrocarriles y de los campos petrolíferos en México no tiene, por supuesto, nada que ver con el socialismo. Es una medida de capitalismo de Estado en un país atrasado que busca de este modo defenderse por un lado del imperialismo extranjero y por el otro de su propio proletariado. La administración de los ferrocarriles, campos petrolíferos, etcétera, por medio de organizaciones obreras no tiene nada que ver con el control obrero de la industria, porque en última instancia la administración se hace por intermedio de la burocracia laboral, que es independiente de los obreros pero depende totalmente del Estado burgués. Esta medida tiene, por parte de la clase dominante, el objetivo de disciplinar a la clase obrera, haciéndola trabajar más al servicio de los intereses comunes del Estado, que superficialmente parecen coincidir con los de la propia clase obrera. En realidad la tarea de la burguesía consiste en liquidar a los sindicatos como organismos de la lucha de clases y sustituirlos por la burocracia como organismos de la dominación de los obreros por el Estado burgués. En tales condiciones la tarea de la vanguardia revolucionaria es emprender la lucha por la total independencia de los sindicatos y por la creación de un verdadero control obrero sobre la actual burocracia sindical, a la que se entregó la administración de los ferrocarriles, de las empresas petroleras y demás.

* * *

Los sucesos de los últimos tiempos (antes de la guerra) han demostrado muy claramente que el anarquismo, que en cuanto a teoría no es más que un liberalismo llevado hasta sus últimas consecuencias, no era en la práctica más que propaganda pacífica dentro de la república democrática, cuya protección necesitaba. Si dejamos de lado los actos de terrorismo individual, etcétera, el anarquismo, como sistema de movilización de masas y como política, no ofrece más que material de propaganda bajo la pacífica protección de las leyes. En situaciones de crisis los anarquistas siempre hacen lo contrario de lo que predicán en tiempos de paz. Esto ya lo había señalado el propio Marx refiriéndose a la Comuna de París. Y se repetía en mucha mayor escala en la experiencia de la Revolución Española.

* * *

Los sindicatos democráticos, en el viejo sentido del término —de cuerpos en los que luchaban en el seno de la misma organización de masas más o menos libremente diferentes tendencias— ya no pueden existir más. Del mismo modo que no se puede volver al Estado democráticoburgués, tampoco es posible volver a la vieja democracia obrera. El destino de una refleja el de la otra. En realidad, la independencia de clase de los sindicatos en cuanto a sus relaciones con el Estado burgués solamente puede garantizarla, en las condiciones actuales, una dirección de la Cuarta Internacional. Naturalmente, esta dirección debe y puede ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible bajo las condiciones concretas actuales. Pero sin la dirección política de la Cuarta Internacional la independencia de los sindicatos es imposible.



LEON TROTSKY (Lev Davidovich Bronstein; Yanovka, Ucrania, 1877 - Coyoacán, México, 1940). Revolucionario ruso. Nació en una familia judía de labradores propietarios y estudió Derecho en la Universidad de Odessa. Participó desde joven en la oposición clandestina contra el régimen autocrático de los zares, organizando una Liga Obrera del Sur de Rusia (1897).

Fue detenido varias veces y desterrado a Siberia; pero consiguió huir de allí en 1902 y se unió en Londres al que ya aparecía como jefe de la oposición socialdemócrata en el exilio: Lenin. Aunque discrepaba de su concepción autoritaria del partido, colaboró con él e intentó en vano reconciliar a la facción que dirigía (los bolcheviques) con la facción rival de la socialdemocracia rusa (los mencheviques).

Regresó a Rusia para participar en la Revolución de 1905 (en la cual organizó el primer sóviet o consejo revolucionario). Al fracasar la revolución, fue deportado otra vez a Siberia y nuevamente se escapó (1906). Tras recorrer medio mundo entrando en contacto con los focos de conspiradores revolucionarios, se trasladó a Rusia en cuanto estalló la Revolución de febrero de 1917, que derrocó a Nicolás II.

Abandonando su trayectoria anterior de socialista independiente (en relación con los mencheviques), puso su talento de organizador y de agitador al servicio del Partido Bolchevique y fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Desempeñó un papel central en la conquista del poder por Lenin: fue el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques, que instauró el régimen comunista en Rusia (Revolución de octubre de 1917).

Aunque Lenin ocupó la cúspide del poder, Trotski desempeñó un papel crucial en el gobierno soviético hasta la muerte de aquél. Como primer comisario de Asuntos Exteriores de la Rusia bolchevique (1917-18), negoció con los alemanes la Paz de Brest-Litovsk, que retiró al país de la Primera Guerra Mundial para responder a los deseos de paz de las masas y concentrarse en la consolidación de la Revolución. Luego fue comisario de Guerra (1918-25), cargo desde el cual organizó el Ejército Rojo en condiciones muy difíciles y derrotó en una larga guerra civil a los llamados ejércitos blancos (contrarrevolucionarios) y a sus aliados occidentales (1918-20). Su labor fue, por tanto, crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo.

Lenin le señaló como su sucesor antes de morir en 1924; pero la ambición de Stalin, que contaba con fuertes apoyos en el aparato del partido, le impidió acceder al poder. Trotski defendía la idea de la «revolución permanente» como vía de realización de los ideales marxista-leninistas (extendiendo gradualmente la Revolución a Alemania y a otros países); mientras que Stalin le opuso la concepción más conservadora de consolidar el «socialismo en un solo país». Las diferencias ideológicas, sin embargo, eran poco más que un pretexto para Stalin, que maniobró hábilmente en busca de aliados y después se deshizo de ellos (incluso físicamente); con estas maniobras consiguió apartar a Trotski de la dirección en 1925, expulsarle del partido en 1927, deportarle a Kazajistán en 1928 y desterrarle del país en 1929.

Trotski no cejó en su lucha revolucionaria, que canalizó desde el exilio escribiendo en defensa de sus ideas (obras como *La revolución permanente*, 1930; o la *Historia de la Revolución Rusa*, 1932) y encabezando una corriente comunista disidente (agrupada en la Cuarta Internacional desde 1938). Stalin le hizo asesinar por un agente soviético (Ramón Mercader).

Notas

^[1]*Louzon*, Robert (1882). Sindicalista revolucionario, por esa época miembro del Partido Comunista Francés. Él y Monatte siguieron luego el mismo camino, y terminaron en el grupo *Revolution Proletarienne*. Trotsky había dejado temporalmente de lado sus diferencias con Monatte y Louzon para concentrar sus esfuerzos en la lucha contra Frossard. <<

^[2]*Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista*. Noviembre-diciembre de 1922. En este congreso Trotsky informó sobre la crisis del partido francés. <<

^[3]*Frossard*, Louis Olivier (1889-1946). Centrista de izquierda. Secretario del Partido Comunista Francés después de 1920, renunció en 1923 y volvió al Partido Socialista. Dejó el PS en 1935 para ser ministro de Trabajo. Fue ministro de los gobiernos del Frente Popular y del primero de Pétain. <<

^[4]*Monatte*, Pierre (1881-1960). Sindicalista revolucionario, fundó *Vie ouvrière* en 1909. Uno de los primeros en oponerse a la Primera Guerra Mundial. Se unió al Partido Comunista Francés en 1923, para dejarlo un año más tarde. Fundó *Revolution prolétarienne* en 1924 y la Liga Sindicalista en 1926. <<

^[5]*Internacional Sindical Roja*. También conocida como *Profintern*, sigla de sus iniciales en ruso. Fue fundada en Moscú en 1921 en oposición a la federación obrera internacional reformista («amarilla») con sede central en Amsterdam. <<

^[6]*Lassalle*, Ferdinand (1825-1864). Socialista alemán. Organizó la Unión General de Obreros Alemanes en 1863. Su fusión con los seguidores de Marx en Alemania condujo finalmente a la constitución del Partido Socialdemócrata. <<

^[7]*Vie ouvrière*. Ver nota 4. <<

^[8]*Jouhaux*, León (1870-1954). Dirigente de la *Confédération Générale du Travail* (CGT) de la que fue secretario general desde 1921 hasta la Segunda Guerra Mundial. *Sindicalista* social-patriota durante la primera guerra. Se opuso a la Revolución Rusa. Para Trotsky era la personificación del colaboracionismo de clases. <<

^[9]*El «Pacto»*. Firmado por dieciocho anarquistas y semianarquistas en febrero de 1921, su existencia se mantuvo en secreto. Impregnados del espíritu de francmasonería y del «sindicalismo puro», sus firmantes intentaban copar el movimiento sindical francés para oponerse a la influencia de los comunistas. Al descubrirse un tiempo antes del congreso de fundación (junio de 1922) de la *Confédération Générale du Travail Unitaire* (CGTU) se armó gran revuelo. El pacto no logró su objetivo, ya que la CGTU eligió una dirección comunista y comunista-sindicalista. <<

^[10]*Le Temps*. Importante diario francés. Apareció entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda, como vocero semioficial del gobierno. Muy corrupto. Fue cerrado después de la Segunda Guerra por colaboración con los fascistas. <<

^[11]*Eisenach*. Wilhelm Liebknecht y August Bebel, seguidores de Marx en Alemania, fundaron el Partido Obrero Socialdemócrata en 1869 en Eisenach, en oposición a la Unión General de Obreros Alemanes, lasallista. Lasallistas y eisenacheanos unieron finalmente sus movimientos en 1875 en una convención celebrada en Gotha. Ver nota 6. <<

^[12] El nuevo artículo de Louzon. Ver *International Press Correspondence*, 14 de junio de 1923. <<

^[13]*CGT. Confédération Générale du Travail* (Confederación General del Trabajo), la confederación sindical reformista dirigida por Jouhaux. <<

^[14]*Renaudel*, Pierre (1871-1935). Mano derecha del dirigente socialista Jean Jaurès hasta 1914. Editor social patriota de *L'Humanité* durante la Primera Guerra Mundial. Luego dirigente del ala derecha del Partido Socialista. <<

^[15]*Jouhaux... y demás*. Para Jouhaux ver nota 8. *Dumoulin*, Georges (1877-1963). Centrista durante la Primera Guerra Mundial, se unió después a Jouhaux y al ala derecha. Tuvo varios cargos sindicales antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando

colaboró con el gobierno de Vichy. *Merrheim*, Alphonse (1871-1923). Partidario de Jouhaux en 1917, luchó contra los revolucionarios y permaneció en el ala derecha de la CGT luego de la división de 1921. <<

^[16]*El partido de Blum-Renaudel*. El Partido Socialista. *León Blum* (1872-1950) era editor del principal periódico socialista, *Le Populaire*. Después de las elecciones de 1936 fue primer ministro del primer gobierno del Frente Popular. Para Renaudel ver nota 14. <<

^[17]*Epígonos*. Discípulos que corrompen las enseñanzas de su maestro. <<

^[18]*El grupo de Brandler*. Seguidores de Heinrich Brandler, dirigente del Partido Comunista Alemán expulsado en 1928-1929, cuando la Comintern emprendió su zigzag ultra izquierdista. Los brandleristas tenían lazos internacionales con el grupo americano de Lovestone y otros antiguos colaboradores de Bujarin, o sea con la Oposición de Derecha del movimiento comunista. <<

^[19]*Cachin, Monmousseau y Cía*. *Marcel Cachin* (1869-1958), ardiente social-patriota durante la Primera Guerra Mundial, se pasó al comunismo en 1920. Se convirtió en un firme estalinista y se mantuvo como editor de *L'Humanité* hasta su muerte. *Gaston Monmousseau* (1883-1960), antiguo sindicalista revolucionario, se convirtió en comunista y dirigente de la CGTU y en estalinista acérrimo. <<

^[20]*Rosmer*, Alfred (1877-1964). Originalmente anarquista, luego socialista, militó en la agitación contra la Primera Guerra Mundial, colaborando en esto con Trotsky hasta la expulsión de éste de Francia. Miembro fundador del Partido Comunista Francés, fue elegido al Comité Ejecutivo de la Comintern. Expulsado del Partido Comunista en 1924 fue miembro del movimiento trotskista desde sus comienzos hasta su renuncia en 1930. Siguió siendo gran amigo personal de Trotsky y de Natalia Sedova (la viuda de Trotsky). <<

^[21]*Guesdistas*, Dentro del movimiento socialista, los seguidores de Jules Guesde (1845-1922), primer dirigente marxista de Francia y rival de Jaurès en el partido unificado. Guesde se jactaba de su ortodoxia marxista, pero se convirtió en un socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial. <<

^[22]*Tercera República*. El gobierno de Francia desde la caída del Segundo Imperio (1871) hasta la invasión nazi y la instauración del régimen de Vichy (1940). <<

^[23]*Proudhonismo*. Escuela de pensamiento creada por Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), el famoso socialista utópico. Imaginaba una sociedad basada en el libre intercambio entre productores independientes y consideraba al Estado menos importante que los talleres que él suponía lo reemplazarían. <<

^[24]*Quai de Jemmapes*. Sede de *Vie ouvrière*, primer periódico de Monatte. <<

^[25]*Carta de Amiens*. Adoptada bajo la influencia de los sindicalistas en el congreso de Amiens de la CGT (1906), exigía la total autonomía y absoluta independencia de los sindicatos de todo partido político. <<

^[26]*Comité Anglo-Ruso*. Formado en 1925 con representación paritaria de las direcciones de las federaciones sindicales británica y rusa, sirvió a los dirigentes sindicales británicos como careta de izquierda contra la crítica del Partido Comunista mientras liquidaban la huelga general británica de 1926. Cuando no pudieron sacarle más provecho, los dirigentes británicos abandonaron el comité. <<

^[27]*Révolution prolétarienne*, Periódico sindicalista fundado por Monatte en 1924, después de haber dejado el Partido Comunista. <<

^[28]*Testamento (de Lenin)*. Carta de Lenin del 25 de diciembre de 1922, con una posdata del 4 de enero de 1923, proponiendo al Partido Comunista soviético que se removiera a Stalin del puesto de Secretario General. Su existencia fue negada durante mucho tiempo, pero Jrushev la reconoció oficialmente durante el período de la desestalinización. <<

^[29]*Amsterdam*. Ver nota 5. <<

[30] *Monatte cruza el Rubicón*. Monatte y sus amigos de la Liga Sindicalista habían publicado una declaración: «Por la reconstrucción de la unidad sindical». Firmada por veintidós activistas de la CGT, la CGTU y de sindicatos independientes. Georges Dumoulin inclusive (ver nota 15) la declaración afirmaba: «Algunos activistas sindicales [...] han acordado que, después de diez años de lucha fratricida, era necesario poner fin a la división de los sindicatos. Acordaron lanzar la idea de restauración de la unidad sindical en una sola organización central, sobre la base de la Carta de Amiens. En su opinión esto sólo puede realizarse sobre la base de la lucha de clases y la independencia del movimiento sindical, sin ninguna interferencia por parte de partidos políticos, fracciones o sectas, como tampoco de ningún gobierno». (*Révolution prolétarienne*, n° 112, 5 de diciembre de 1930). <<

[31] *Sebastian Faure... Malvy*. En enero de 1915, *Faure* llamó a luchar contra la guerra, Poco después hizo un trato con el ministro del Interior, Malvy, renunciando a la agitación antibélica. <<

[32] *La Bourse francesa*. La Bolsa, mercado de cambio de valores. <<

[33] *Chambelland*, Maurice (1901-1966). En la redacción de *Vie ouvrière*, en 1922, en el Partido Comunista en 1923, miembro de la redacción de *L'Humanité*. Renunció al periódico y al partido en 1924. Miembro del grupo *Revolution prolétarienne*. El ayudante más cercano de Monatte. <<

[34] *Ejecución de revolucionarios indochinos*. Luego de un motín en la guarnición de Yen Bai, en febrero de 1930, hubo levantamientos campesinos locales y más tarde huelgas, que culminaron en mayo en las ciudades más importantes, Las represalias del imperialismo francés fueron salvajes, con miles de fusilados, decenas de miles de arrestados y miles de casas incendiadas. <<

[35] *Ziromski*, Jean (1890-). Dirigente del ala izquierda del Partido Socialista Francés en la década del 30. Durante la Segunda Guerra Mundial se unió al Partido Comunista. <<

[36] *MacDonald*, James Ramsay (1866-1937). Socialista pacifista durante la Primera Guerra Mundial. Primer Ministro de Gran Bretaña (1924), el primero laborista. En 1931, durante su segundo período como Primer Ministro, desertó de las filas laboristas para formar un gabinete de «unidad nacional» con el Partido Conservador. <<

[37] *Curzon*, George Nathaniel, Lord (1859-1925). Ministro de Relaciones Exteriores británico de 1919 a 1923. <<

[38] *Thomas*, J. H. (1874-1949). Dirigente sindical británico. Secretario colonial del gobierno del Partido Laborista de 1924. Junto con MacDonald desertó del Partido Laborista en 1931, cuando se le volvió a dar la Secretaría Colonial. <<

[39] *Louis Sellier* (1885-). Secretario General del Partido Comunista Francés luego de la renuncia de Frossard en 1923. Dejó el partido en 1929 y fundó el POP (Parti Ouvrier et Paysan - Partido Obrero y Campesino). Los popistas eran los equivalentes franceses de los brandleristas de Alemania y de los lovestonistas de Estados Unidos. <<

[40] *Versalles*. El Tratado de Versalles le fue impuesto a Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial por los aliados imperialistas victoriosos. <<

[41] *Kuomintang*. Partido nacionalista burgués fundado por Sun Yat-sen, líder de la Primera Revolución China (1911). En la Segunda Revolución China (1925-1927), la línea de Stalin obligó a los comunistas chinos a disolver su partido para entrar al Kuomintang, al que se admitió en la Comintern como partido simpatizante en 1926. Después de haber usado al Kuomintang para limitar y frenar la revolución, Chiang Kai-shek pudo, en marzo de 1927, lanzar una de las peores masacres de la historia moderna contra los obreros y campesinos comunistas y revolucionarios. <<

[42] *Purcell, Hicks, Cook*. Funcionarios sindicales de «izquierda» de Gran Bretaña. A. A. *Purcell* y *George Hicks* estaban en el Consejo General del Congreso Sindical. A. J. *Cook* era secretario de la federación minera. <<

[43] *Stalin... y Cía. Nikolai Bujarin* (1888-1938), dirigente bolchevique, encabezó a la Comintern de 1926 a 1929, «confesó» en el tercer Juicio de Moscú y fue ejecutado en 1938. (Ver nota 18). *A. Losovski* encabezó la Internacional Sindical Roja, (ver nota 5).

<<

[44] Los camaradas dirigentes de los EE. UU. nos informan que en la Liga Americana algunos camaradas —seguramente sólo a título individual están a favor del bloque con los lovestonistas^[a], en nombre del trabajo de masas. Es difícil imaginar un proyecto más ridículo, más inadecuado, más estéril que éste. ¿Conoce esta gente por lo menos algo de la historia del Partido Bolchevique? ¿Han leído las obras de Lenin? ¿Conocen la correspondencia de Marx y Engels? Afortunadamente, la gran mayoría de la Liga Americana no tiene nada en común con estas ideas (L. T.). <<

[45] *La Vérité*. Periódico de la Liga Comunista, la organización trotskista francesa. <<

[46] *Popistas*. Ver nota 39. <<

[47] *Unitaria*. El nombre adoptado por la confederación sindical de izquierda francesa fue *Confédération Générale du Travail Unitaire* (CGTU) mientras que el de la derecha era *Confédération Générale du Travail* (CGT). <<

[48] *Vasaart*, Albert (1898-1958). Uno de los dirigentes del Partido Comunista en los sindicatos rojos que, habiendo sido ardiente ultraizquierdista durante el «tercer período», impugnó la política del PC. En sus polémicas, los dirigentes del PC tachaban a veces las posiciones de Vassart de «semitrotskistas». <<

[49] *Losovski, Manuilski y Cía. A. Losovski*, ver notas 5 y 43. *Dimitri Manuilski* (1883-1959) encabezó la Comintern de 1929 a 1934, o sea durante el «tercer período». <<

[50] «*Tercer Período*». Según el esquema estalinista de la historia, éste era el período final del capitalismo, de su inminente defunción y reemplazo por los soviets. Se caracterizó por la utilización de tácticas ultraizquierdistas y aventureristas por parte de los comunistas. <<

[51] *Profintern*. Ver nota 5. <<

[52] *Social-fascismo*. Una de las invenciones más desastrosas del «tercer período». Según el dictamen de Stalin, los socialistas y los fascistas no eran antagonistas sino «gemelos». Los comunistas de todo el mundo llamaban a los partidos y sindicatos socialdemócratas «social-fascistas» y por consiguiente los consideraban un peligro mayor que los verdaderos fascistas. Esto hizo imposible el frente único contra el nazismo y otros movimientos fascistas. <<

[53] Citrine, *Sir* Walter (1887-1983). Secretario general del Congreso de Sindicatos británico (1926-1946). En 1935 se le dio el título de *Sir* por sus servicios al capitalismo británico, y en 1946 se lo hizo *baronet*. <<

[54] *Mosley, Sir Oswald* (1896-1980). Cabeza de la Unión de Fascistas y Nacional Socialistas británicos. <<

[55] *NAS*. Nationaal Arbeids Secretariaat (Organización Obrera Nacional), fundada en 1893, disuelta en julio de 1940, al comenzar la ocupación nazi de Holanda, no se reorganizó después de la Segunda Guerra Mundial.

Permaneció como una pequeña oposición revolucionaria a la NW, la gran organización sindical con dirección reformista. En la década de los 30 los miembros de la NAS, muy militantes y con conciencia de clase, eran principalmente portuarios y obreros de la construcción. Había tenido un gran sector de obreros municipales de Amsterdam hasta 1934, en que el gobierno prohibió esos empleos a los sindicatos «rojos». Para entender el planteamiento de Trotsky, que se encuentra más adelante, de que «la NAS existe sólo gracias a la tolerancia y al aporte financiero del gobierno burgués» debe tenerse en cuenta que el fondo de desempleo del gobierno holandés se distribuía por intermedio de las organizaciones sindicales, incluida la NAS. <<

[56] *POSR. Revolutionair Socialistische Arbeiders Partij* (Partido Obrero Socialista Revolucionario). Sneevliet organizó el Partido Socialista Revolucionario en 1927,

después de alejarse del Partido Comunista. Este partido se unió al movimiento por una Cuarta Internacional en 1934 y al año siguiente se fusionó con otros elementos revolucionarios de Holanda para formar el POSR. Debido a diferencias acerca de la política sindical y de la actitud hacia el POUM español, el POSR rompió con el movimiento trotskista internacional y no participó del Congreso de Fundación de la Cuarta Internacional en 1938.

En el POSR se desarrollaron dos tendencias, que rompieron en 1942. Una, encabezada por Sneevliet, seguía la línea del ultraizquierdismo tradicional holandés. Publicaba el periódico *Spartacus*. La otra, el Comité de Marxistas Revolucionarios, evolucionó hacia las posiciones de la Cuarta Internacional. Publicaba el periódico *De Rode October*. Ambos órganos se editaron clandestinamente durante la ocupación nazi, y los dos grupos cooperaron en la lucha contra los fascistas alemanes y sus aliados locales. <<

^[57]*Sneevliet*, Henricus (1883-1942). Notable dirigente socialista revolucionario de Holanda y primer organizador de un movimiento proletario marxista en Indonesia. Obrero tranviario y socialista de izquierda, fue electo presidente de la Unión de Obreros Ferroviarios y Tranviarios en 1909. Renunció a su cargo y se fue a las Indias Orientales Holandesas (Indonesia) en 1912, como consecuencia de una disputa que mantuvo con la dirección reformista de la NVV, la gran central obrera, acerca de su negativa a apoyar una huelga de marinos. En Indonesia llevó a cabo una brillante campaña de organización política y sindical, hasta que fue deportado en 1917 por llamar a los indonesios a seguir el ejemplo de los bolcheviques de Rusia.

De regreso a Holanda fue cofundador del Partido Comunista. Seguidamente la Internacional Comunista lo envió (con el nombre de Maring) a hacer un trabajo revolucionario en China, donde estableció contacto con Sun Yat-sen.

Al volver lo eligieron presidente de la NAS. En 1933 lo enviaron a prisión por sus actividades de solidaridad con los amotinados de la Armada holandesa. Al quedar en libertad fue votado (elegido) para el parlamento.

Durante la ocupación nazi de Holanda, Sneevliet y siete camaradas fueron arrestados, juzgados y fusilados en el campo de concentración de Amersfoort, el 13 de abril de 1942. En su último día, entre otras cosas afirmó: «Amigos, estamos orgullosos de ser los primeros de los Países Bajos en ser condenados ante un tribunal por la causa de la Internacional, y en morir por lo tanto por ella». Sneevliet se condujo con gran coraje. Pidió que él y sus camaradas pudieran enfrentar el pelotón de fusilamiento tomados de las manos. Les fue denegado. Entonces pidió que no les vendaran los ojos y que, por ser el mayor y dirigente del grupo, él fuera el último en ser fusilado. Esto se le concedió. <<

^[58] CIO: Congress of Industrial Organizations (Congreso de Organizaciones Industriales). Central Obrera de los EEUU (N. del T) <<

^[59] Alcalde de la ciudad de Jersey que aplico con éxito métodos puramente fascistas contra las organizaciones obreras. [L. T. J <<

^[60]*Bonapartista y semibonapartista*. Bonapartista es un término marxista que define una dictadura o un régimen con ciertas características dictatoriales, basado en el ejército, la policía y la burocracia estatal más que en los partidos parlamentarios o en un movimiento de masas. Generalmente tiene un «hombre fuerte» que, en un periodo de crisis o de empate de las fuerzas de clases en contienda, se eleva como árbitro supuestamente independiente y por encima de las clases. <<

^[61]*Ultimatista*. El vicio político de lanzar consignas, programas y posiciones hacia las masas como si fueran ultimátums, o sea en forma perentoria, de «tómalo o déjalo», sin tener en cuenta el nivel de comprensión de los obreros o sus expectativas sobre el asunto. <<

^[62]*La Vieja Federación y la Nueva*. La vieja Federación Obrera Americana (AFL,

American Federation of Labor) y el recién fundado Congreso de Organizaciones Industriales (CIO, Congress of Industrial Organizations). <<

Notas

^[a]*Lovestonistas*. Partidarios de Jay Lovestone, dirigente del Partido Comunista de los Estados Unidos que llevó a cabo la expulsión de los trotskistas en 1928. Stalin lo depuso sumariamente en 1929, como parte de la purga internacional de la Oposición de Derecha encabezada por Bujarin. Los lovestonistas se mantuvieron como organización independiente hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando se desbandaron. Lovestone se convirtió en experto anticomunista de la burocracia sindical y en «eminencia gris» de la política exterior ultraderechista del presidente de la AFL-CIO George Neany (*AFL-CIO. Central obrera norteamericana, formada por la unión de la vieja central obrera burocrática y la nueva que se formó en oposición a ésta. Se unieron cuando la segunda (CIO) se volvió tan burocrática y conciliadora como la anterior. Ver nota 60. [Nota del Traductor]*). <<